

I

George Washington Crosby comenzó a padecer alucinaciones ocho días antes de morir. Desde la cama de alquiler del hospital, instalada en mitad del salón de su casa, veía insectos entrar y salir de las grietas imaginarias en el enlucido del techo. Los batientes acristalados de las ventanas, que antes encajaban perfectamente en sus respectivos marcos, ahora estaban flojos. Con la siguiente ráfaga de viento se desprenderían y caerían sobre las cabezas de sus familiares, que estaban sentados en el sofá, el confidente y las sillas que su mujer había traído de la cocina para que todos tuvieran asiento. El torrente de batientes echaría del salón a todo el mundo, a sus nietos de Kansas, de Atlanta y de Seattle, a su hermana de Florida, y su cama quedaría aislada en un foso de cristales rotos. El polen y los gorriónes, la lluvia y las intrépidas ardillas que llevaba media vida ahuyentando de los comederos para los pájaros le allanarían la casa.

Él mismo había construido la casa; había echado los cimientos, levantado el armazón, empalmado las tuberías, tendido los cables, revocado las paredes y pintado las habitaciones. Un día estaba en la obra, soldando la última junta del depósito de agua caliente, cuando cayó un rayo y lo arrojó a la pared de enfrente. Él se levantó y remató

la soldadura. En su casa las grietas del techo y las paredes no duraban mucho; las tuberías obstruidas se desatasaban; los listones desconchados se rascaban y cubrían con una nueva capa de pintura.

Traed yeso, dijo, recostado en aquella cama que quedaba extraña e institucional entre las alfombras persas, los muebles coloniales y las decenas de relojes antiguos. Traed yeso, por Dios. Yeso, cables y un par de ganchos. Lo tendréis todo listo por unos cinco dólares.

Sí, abuelo, dijeron ellos.

Sí, papá. Un soplo de aire cruzó la ventana situada detrás de él y pasó por encima de las cabezas exhaustas. Fuera, en el césped, se oyó el ruido seco de unas bochas al entrechocar.

A mediodía se quedó solo por un momento, mientras la familia preparaba el almuerzo en la cocina. Las grietas del techo se ensancharon hasta convertirse en brechas. Las ruedas bloqueadas de la cama se hundieron en la alfombra y abrieron nuevas líneas de falla en el suelo de roble. En cualquier momento cedería el suelo. Su inútil estómago le saltaría al pecho como si fuera montado en la montaña rusa de la Feria de Topsfield y con una sacudida espeluznante él y la cama caerían al sótano, sobre las ruinas aplastadas de su taller. George se imaginó lo que vería, como si el desmoronamiento se hubiera producido de verdad: el techo del salón, que ahora tenía dos pisos de alto, era un embudo hecho jirones de tablas astilladas, cañerías de cobre dobladas y cables eléctricos que parecían venas seccionadas alrededor de las paredes y apuntaban hacia él en el centro de aquella ruina repentina. En la cocina se oía un murmullo de voces.

George volvió la cabeza, deseando encontrar a alguien sentado fuera de su campo visual, con un plato de papel en las rodillas, lleno de ensalada de patata y unas cuantas rodajas de rosbif, y en la mano una copa de plástico llena de *ginger-ale*. Pero la desolación persistía. Se le ocurrió gritar, pero el bordoneo de las voces de los hombres en el jardín no cesaba. Y allí permaneció, mirando al techo sobre aquel montón de escombros.

El segundo piso le cayó encima, con su armazón inacabado de madera de pino, sus tuberías ciegas (las cañerías tapadas jamás llegaron a unirse con el lavabo y el retrete que había tenido la intención de instalar) y sus estantes repletos de abrigos viejos, cajas de juegos de mesa olvidados y puzzles y juguetes rotos y bolsas llenas de fotografías de familia —algunas tan antiguas que estaban expuestas sobre planchas de estaño—; todo se derrumbó sobre el sótano, y ni siquiera pudo levantar una mano para protegerse el rostro.

Pero él era casi un espectro, no quedaba casi nada de su cuerpo, de modo que la madera y el metal y los fajos de cartón y papel de colores vivos (¡ADELANTA SEIS CASILLAS HASTA EASY STREET! La bisabuela Noddin, envuelta en un chal y mirando a la cámara con la espalda bien tiesa y el ceño fruncido, tan ridícula con aquel sombrero que parecía el túmulo funerario de un marinero, colmado de flores y redecillas), que en circunstancias normales le habrían triturado los huesos, al caerle encima rebotaban como material de atrezzo de película, como si él o aquellos objetos fueran imitaciones de cosas reales y antiguas.

Y allí yacía, entre las fotos de su graduación, viejas chaquetas de lana, herramientas oxidadas y recortes de periódico sobre su ascenso a jefe del departamento de di-

bujo industrial del instituto local, su contratación como director de orientación, y su retiro y posterior vida como vendedor y reparador de relojes antiguos. Los mecanismos dorados de los relojes que había empezado a reparar estaban desparramados entre el revoltijo. Fijó la vista tres pisos más arriba, en las vigas descubiertas del techo y los gruesos paneles de aislamiento intercalados entre ellas. Uno de sus nietos (*¿cuál?*) había grapado los paneles hacía años, y ahora dos o tres cuartas partes se habían soltado y colgaban del techo como enormes y rosadas lenguas de lana revestidas de plata.

El techo se vino abajo y desencadenó un nuevo alud de madera, clavos, tejas, cartón alquitranado y paneles de aislamiento. Y apareció el cielo, lleno de nubes achatadas que surcaban el azul como una flota de yunques. George tuvo la húmeda y desagradable sensación de estar enfermo a la intemperie. Entonces las nubes pararon, se detuvieron por un instante, y cayeron en picado sobre su cabeza.

Les siguió el propio azul del cielo, escurriéndose desde las alturas en aquella fosa de hormigón atestada de cosas. A continuación cayeron las estrellas, tintineando a su alrededor como adornos del cielo que se hubieran desprendido al sacudirlos. Y ya por último se desclavaron las chinchetas de la negra inmensidad y esta cubrió por completo el montón de escombros, envolviendo así la confusa devastación de George.

Casi setenta años antes de que George muriera, su padre, Howard Aaron Crosby, se ganaba la vida conduciendo un carro. Era un carro de madera. Una cómoda montada so-

bre dos ejes con ruedas de madera. Había decenas de cajones, se abrían tirando con el dedo índice de la anilla de metal dorado que llevaban incrustada, y contenían cepillos y aceite de madera, polvo dental y medias de nailon, jabón y cuchillas de afeitar. Había cajones con betún y cordones para botas, palos de escoba y fregonas. Había un cajón secreto en el que guardaba cuatro botellas de ginebra. Su ruta pasaba principalmente por carreteras secundarias, caminos de tierra que se adentraban en los bosques y conducían a claros ocultos en donde se alzaba una cabaña de troncos, entre serrín y tocones de árbol, y una mujer con vestido liso y el pelo echado hacia atrás y tan apretado que parecía que sonreía (cosa que no hacía) aguardaba en medio de un camino sinuoso con un rifle a punto. Ah, eres tú, Howard. Mira por dónde necesito un cubo de hojalata de esos que tienes. En verano aspiraba el aroma del brezo, cantaba «Someone's Rocking My Dreamboat» y contemplaba las mariposas monarca (mariposas reina, soberanas mariposas, recitaba para sus adentros dándoselas de poeta), mientras se dirigía al norte desde México. La primavera y el otoño eran sus estaciones más prósperas; el otoño porque la gente del campo se abastecía para el invierno (amontonaba las mercancías del carro sobre una alfombra de encendidas hojas de arce), la primavera porque a menudo se habían quedado sin provisiones semanas antes de que los caminos estuvieran practicables para sus primeras visitas. Acudían al carro como sonámbulos, con los ojos azogados por el hambre. En ocasiones salía del bosque con pedidos de ataúdes —en la leñera, el cuerpo rígido de un niño o de una esposa envuelto en arpillera.

Fabricaba y vendía piezas de hojalata. Cazos y ollas,

hierro forjado. Soldadura fundida y embalsada en barro cocido. *Patchwork* de azogue. Algún que otro cazo restaurado a golpe de martillo, el tintineo sibilante de la hojalata, minúscula bajo la tapa del bosque boreal. Pájaro hojalatero, latonero, pero sobre todo tamborilero del cepillo y la fregona.

George sabía cavar y echar los cimientos de hormigón de una casa. Sabía serrar la madera y montar el armazón. Sabía cablear las habitaciones e instalar la fontanería. Sabía levantar el muro de mampostería. Sabía embaldosar los suelos y recubrir de tejas el tejado. Sabía construir los escalones de ladrillo. Sabía rejuntar las ventanas y pintar los marcos. Pero no sabía lanzar una pelota o caminar un kilómetro; odiaba el ejercicio, y cuando se prejubiló a los sesenta años no volvió a dejar que se le acelerara el corazón siempre que podía evitarlo, y solo hacía una excepción cuando se trataba de abrirse paso entre una espesa maleza para llegar a una buena charca de truchas. La falta de ejercicio podría haber sido la causa por la que, cuando se sometió a la primera radioterapia para el cáncer de próstata, las piernas se le hincharon como dos focas muertas en una playa y se le pusieron duras como la madera. Antes de acabar postrado en cama, andaba como si fuera un mutilado de guerra, de una guerra anterior a la ortopedia moderna; se tambaleaba como si llevara sujetas a la cintura un par de piernas de madera noble articuladas con bisagras y pernos de hierro. Por la noche, en la cama, cuando su mujer le tocaba las piernas por encima del pijama, ella pensaba en arces o robles y tenía que obligarse a pensar en otra cosa para no imaginarse que bajaba a su

taller del sótano a buscar papel de lija y barniz y que le lijaba las piernas y se las barnizaba con un pincel, como si pertenecieran a un mueble. En una ocasión se le escapó una risotada al pensar en Mi marido, la mesa. Luego se sintió tan mal que se puso a llorar.

La terquedad de algunas de las mujeres del campo con las que trataba Howard a diario hizo que desarrollara una paciencia que a él se le antojaba, o se le habría antojado, de haber pensado en ello deliberadamente, inquebrantable. Cuando el fabricante de jabones sustituyó su viejo detergente por una nueva fórmula y cambió el diseño de la caja, Howard tuvo que soportar debates en los que enseguida se habría dado por vencido si sus adversarios no hubieran sido clientes.

¿Dónde está el jabón?

Está aquí.

La caja es diferente.

Sí, la han cambiado.

¿Y qué ha pasado con la otra?

Nada.

¿Por qué la han cambiado?

Porque ahora el jabón es mejor.

¿El jabón también es diferente?

Es mejor.

El otro no era malo.

Claro que no, pero este es mejor.

Pero si el otro no era malo, ¿cómo va a ser mejor este?

Pues porque limpia mejor.

Antes ya limpiaba bien.

Pues este limpia mejor, y más rápido.

Bueno, me quedo una caja del jabón normal.

Este es el normal ahora.

¿Y no puedo comprar mi jabón normal?

Este es el jabón normal; se lo garantizo.

Pero es que no me gusta probar un jabón nuevo.

Es que no es nuevo.

Lo que usted diga, señor Crosby. Lo que usted diga.

Perdone, señora, pero me falta un centavo.

¿Un centavo? ¿Y eso?

Es que el jabón cuesta un centavo más, ahora que es mejor.

¿Y tengo que pagar un centavo más por un jabón diferente que ahora viene en una caja azul? Póngame una caja de mi jabón normal.

George compró un reloj estropeado en un mercadillo de barrio. Su propietario le regaló una reimpresión de un manual de reparaciones del siglo XVIII. Y así empezó a hurgar en las entrañas de relojes viejos. Como maquinista, entendía de coeficientes de reducción, de émbolos y de piñones, de física y de resistencia. Y como yanqui en el centro ecuestre de North Shore, sabía dónde estaba el dinero viejo, dormitando, soñando con fábricas de lana y canteras de pizarra, con cinta de teleimpresora y cacerías del zorro. Descubrió que los banqueros pagaban bien por hacer que sus maltrechas reliquias siguieran marcando la hora. Sabía reparar a mano el diente gastado de una rueda de sonería. Coloque el reloj boca abajo. Desenrosque los tornillos; o simplemente arránquelos de la caja de cedro o de nogal, ya que tal vez la rosca se convirtió en polvo hace tiempo hasta que alguien lo quitó de la repisa de la chimenea. Levan-

te la tapa del reloj como si destapara un arcón que contuviera un tesoro. Alargue el brazo de la lámpara de joyero de modo que le quede justo por encima del hombro. Examine el metal oscuro. Verá los piñones estropeados por el aceite y la suciedad. Fíjese en las ondas azules, verdes y moradas del metal batido, curvado, quemado. Introduzca un dedo en el interior del reloj; toque la rueda de escape (cada pieza tiene el nombre apropiado —escape: el extremo de la máquina, el punto por el que la energía se escapa, se libera, marca el tiempo). Acerque la nariz; el metal huele a ácido tánico. Lea los nombres grabados en el mecanismo: *Ezra Bloxham-1794*; *Geo. E. Tiggs-1832*; *Thos. Flatcbart-1912*. Saque de la caja el mecanismo ennegrecido. Sumérjalo en amoníaco. Al retirarlo le escocerá la nariz y le llorarán los ojos. Observe a través de las lágrimas cómo brilla y centellea. Lime los dientes. Perfore los cojinetes. Cargue los resortes. Ajuste las piezas. Ponga su nombre.

Hojalata, hojalatero. Tintineo, tintintín. Tintinabulación. Repiqueteo de cazos y cubos. Y también repiqueteo en los oídos de Howard, un ruido que empezaba a oírse a lo lejos y se iba acercando hasta llegarle a las orejas y metérsele dentro. La cabeza le repiqueteaba como el badajo de una campana. El frío se le colaba por las puntas de los dedos de los pies, y a lomos de las ondas del repiqueteo le recorría todo el cuerpo hasta que le castañeteaban los dientes, se le doblaban las rodillas y tenía que abrazarse a sí mismo para no desmontarse. Esa era su *aura*, un frío halo de electricidad química que lo rodeaba inmediatamente antes de cada ataque. Howard era epiléptico. Su mujer, Kathleen, de soltera Kathleen Black, de los Black

de Quebec, aunque perteneciente a una rama adusta y reducida de la familia, apartaba sillas y mesas y hacía que se tendiera en medio del suelo de la cocina. Envolvía una ramita de pino en una servilleta para que la mordiera y así no se tragase o masticara la lengua. Si el ataque llegaba por sorpresa, le metía la rama desnuda entre los dientes y luego él despertaba con la boca llena de astillas y del sabor de la savia y la cabeza como un tarro de cristal lleno de llaves viejas y clavos oxidados.

Para volver a montar el reloj, la tapa del mecanismo debe colocarse sobre un lecho de un tejido suave, preferentemente un paño grueso de gamuza doblado varias veces. Cada rueda y su árbol se introducen en el orificio correspondiente, empezando por la rueda grande y su caracol suelto, esa maravilla de cono provisto de un surco helicoidal que el señor Da Vinci legó a la humanidad, y siguiendo con las más pequeñas, de modo que los dientes de una se engranen con los de la siguiente, y así sucesivamente hasta encajar en su sitio el volante del tren de sonería y la rueda de escape del tren de rodaje. Ahora el relojero tiene ante sí una esfera descubierta, un artilugio que parece sacado de un cuento de hadas; los engranajes oscilan de un lado a otro como si se tratara de una máquina perezosa en un sueño. Así no se puede marcar el tiempo del universo. Un artefacto tan endeble y defectuoso solo podría servir para dar las horas fantásticas de unos fantasmas indisciplinados. Se coge con la mano la platina frontal del mecanismo y se encaja primero con el pivote superior de los árboles de los muelles real y de sonería, que de entre todas las piezas son los más grandes y los que encajan con mayor facilidad. Acto seguido el relojero levantará el desvencijado sándwich de tripas sueltas hasta situarlo a la altura de sus ojos, apretando las dos platinas para intentar mantener unidas todas las piezas del mecanis-

mo, y procurando no ejercer ni demasiada presión (con lo cual se dañarían los extremos no alineados más finos del árbol) ni demasiado poca (con lo cual la máquina medio recompuesta volvería a disgregarse en sus distintos componentes, que a menudo salen disparados hacia rincones oscuros y polvorientos del taller del relojero, siendo causa de no poca profanación y blasfemia). Si una vez concluida la intervención del paciente relojero, y una vez activada la rueda de cubo, el reloj chirría y tartamudea en vez de zumbar y runrunear con lógica metálica, habrá que invertir el proceso e intentarlo de nuevo con calma minuciosa hasta desterrar a los diablillos causantes del desorden. En los relojes con un único tren de rodaje, reanimar la máquina resulta sencillo. Otros artilugios más sofisticados, dotados de capacidades extras como una representación de las fases lunares o un bufón en miniatura que hace malabarismos con piezas de fruta, requieren una pericia y una constancia casi infinitas. (El autor ha oído hablar de un reloj, supuestamente visto en el este de Bohemia, que tenía la esfera enmarcada en un gran roble labrado en hierro y latón. A medida que se sucedían las estaciones de su país, el millar de hojas minúsculas de cobre que pendían de las ramas del árbol, cada una ensartada en un huso del grosor de un cabello, pasaban del verde esmaltado al rojo metálico. Y más tarde, mediante unos mecanismos increíbles alojados en la caja —cuya forma imitaba la de los míticos pilares que antiguamente se creía que sostenían la Tierra—, las ramas liberaban las hojas y estas descendían en espiral por los finos husos y se esparcían en torno a la parte inferior de la esfera. De haber existido en verdad esta máquina, el propio señor Newton no habría podido sentarse bajo un árbol más asombroso.)

Fragmento extraído de *El buen relojero*,
del Rev. KENNER DAVENPORT, 1783

George Crosby recordaba muchas cosas mientras moría, pero en un orden que no podía controlar. Examinar su vida, hacer el balance que siempre imaginó que un hombre debía de hacer al llegar a su fin, suponía presenciar una masa cambiante, los azulejos de un mosaico que giraban, se arremolinaban y volvían a representar, siempre en franjas de colores reconocibles, elementos familiares, unidades moleculares, corrientes íntimas, pero ahora también ajenas a su voluntad, mostrándole un yo diferente cada vez que intentaba hacer una valoración.

Ciento sesenta y ocho horas antes de morir, se coló por la ventana del sótano de la iglesia metodista de West Cove y tocó el timbre en la noche de Halloween. Esperó allí mismo a que su padre fuera a azotarlo como castigo. Su padre se rió mucho, dándose palmadas en el muslo, al ver que George se había rellenado los fondillos de los pantalones de ejemplares viejos del *Saturday Evening Post*. A la hora de la cena estuvo sentado a la mesa en silencio, sin atreverse a mirar a su madre porque ya eran las once de la noche y su padre no había vuelto a casa y aun así ella les hacía sentarse ante un plato de comida fría. Se casó. Se mudó a otra parte. Se hizo metodista, congregacionalista y, finalmente, unitario. Diseñó máquinas, impartió clases de dibujo industrial y sobrevivió a varios infartos, recorrió a toda velocidad la nueva autopista, antes de su apertura al público, con unos amigos de la escuela de ingeniería, dio clases de matemáticas, se sacó un máster en educación, ejerció de orientador en el instituto, regresó al norte cada verano para pescar con mosca con sus colegas de póquer —médicos, polis, profesores de música—, se

compró un reloj estropeado en un mercadillo de barrio y un manual del siglo XVIII que explicaba cómo repararlo, se jubiló, recorrió Asia, Europa y África en viajes organizados, se dedicó a reparar relojes durante treinta años, consintió a sus nietos, contrajo Parkinson, contrajo diabetes, contrajo cáncer, y fue amortajado en una cama de hospital en medio del salón de su casa, justo donde solía estar la mesa de comedor, provista de dos alas extras desplegables para las cenas con invitados.

George no se permitía nunca imaginarse a su padre. No obstante, en ocasiones, mientras reparaba un reloj y un nuevo muelle que intentaba alojar en su barril se soltaba del árbol y estallaba, abriéndole cortes en las manos y a veces incluso estropeando el resto del mecanismo, veía a su padre tendido en el suelo, dando patadas a sillas, frunciendo alfombras, derribando lámparas de sus mesas, golpeándose la cabeza con las tablas del suelo, los dientes apretados contra un palo o contra los dedos de George.

Su madre había vivido con él y su familia hasta que murió. Si se terciaba, sobre todo durante las comidas, quizá porque aquel era el escenario en el que se había sentido anulada y burlada por su difunto marido, abandonada en la mesa con sus planes para deshacerse de él, recordaba lo frívolo que había sido su padre. A la hora del desayuno, se metía en la boca paletadas de copos de avena y arrancaba la cuchara de las garras de su dentadura postiza con tremendo estrépito de metal y succión antes de soltar algo como: Conque un poeta, ¡ja! No era más que un cabeza de chorlito, una cotorra, un pájaro chiflado, siempre revoloteando cuando le daban esos ataques.

Pero George perdonó a su madre aquel espíritu de contradicción. Siempre que pensaba en lo que debían de querer

apacar sus amargas lamentaciones, se le saltaban las lágrimas y hacía una pausa, levantando la vista de los titulares del periódico de la mañana, para ir a inclinarse sobre ella y besar aquella frente de alcanfor. Un gesto ante el cual ella solía decir: ¡No intentes hacerme sentir mejor! Ese hombre enturbió para siempre mi tranquilidad mental. ¡Maldito idiota! Y solo eso ya reconfortaba a George; sus incesantes letanías la apaciguaban y le recordaban que aquella vida ya había quedado atrás.

Mientras yacía en su lecho de muerte, George quería volver a ver a su padre. Quería imaginárselo. Cada vez que intentaba concentrarse para retroceder en el tiempo, escarbar hondo y alejarse del presente, un ruido, alguien que lo balanceaba de un lado a otro para cambiarle las sábanas, las toxinas que se escapaban de sus riñones obstruidos por el cáncer y le espesaban y oscurecían la sangre, cualquier cosa lo devolvía a su cuerpo desgastado y a su aturdida mente.

Una tarde de su última primavera, y al ver que sus enfermedades se consolidaban, George decidió dictar en un magnetófono recuerdos y anécdotas de su vida. Su mujer había salido a comprar, de modo que se bajó el magnetófono al escritorio que tenía en el sótano. Abrió la puerta que separaba el taller del cuarto de las herramientas. En este había una estufa de leña, entre la taladradora de columna y el torno para metal. Hizo una bola con papeles de periódico viejo y la metió dentro de la estufa, junto con tres leños de la reserva que tenía almacenada en un rincón remoto del taller, cerca de la puerta que daba a la escalera. Encendió el fuego y reguló la salida de humos, con la in-

tención de calentar el frío ambiente de hormigón del sótano. A continuación volvió a su escritorio. El magnetófono iba conectado a un micrófono barato que no se aguantaba derecho en el soporte que debía sujetarlo. El soporte era tan ligero que la vuelta del cable que iba del micrófono al magnetófono no paraba de derribarlo. George intentó enderezar el cable, pero el micrófono no se aguantaba, de modo que al final no tuvo más remedio que colocarlo encima del magnetófono. Los botones del magnetófono eran pesados y había que apretarlos con fuerza para que se mantuvieran en la posición de encendido. Cada uno llevaba una etiqueta con una críptica abreviatura, y George tuvo que hacer algunas pruebas hasta cerciorarse de que había dado con la combinación correcta para grabar su voz. La cinta del magnetófono tenía una etiqueta de un rosa desvaído en la que alguien había escrito a máquina *Early Blues Compilation, Copyright Hal Broughton, Jaw Creek, Pennsylvania*. George recordó que él y su mujer habían comprado aquella cinta en alguno de los cursos de verano de Elderhostel en los que habían participado hacía años. Cuando George pulsó el botón del *PLAY*, se oyó el gorjeo virtuoso de una voz de hombre, débil y remota, cantando sobre un perro cancerbero que le iba siguiendo el rastro.* En lugar de rebobinar la cinta, a George le pareció que aquella canción quejumbrosa podía ser una buena introducción a su discurso, de modo que empezó a grabar en ese punto. Se inclinó hacia delante para acercarse al micrófono con los brazos cruzados y apoya-

* Referencia a la canción de blues «Hellhound On My Trail», grabada en 1937 por el cantante, guitarrista y compositor de blues estadounidense Robert Johnson (1911-1938). (*N. del t.*)

dos en el borde del escritorio, como si estuviera respondiendo a un interrogatorio en un juicio. Comenzó con los formalismos de rigor: Me llamo George Washington Crosby. Nací en West Cove, Maine, en 1915. En 1936 me mudé a Enon, Massachusetts. Etcétera. Tras estos datos estadísticos, se dio cuenta de que solo se le ocurrían ripios y anécdotas ligeramente obscenas, en su mayoría relacionadas con estúpidas proezas acometidas después de haber tomado demasiado whisky durante una salida de pesca, que a menudo consistían en topar con un guardabosque sin tener permiso de pesca y con la nasa llena de truchas, o con una pistola que un médico amigo suyo se había llevado al bosque: Si esa pistola es una nueve milímetros, te daré un beso en el culo aquí mismo, en el hielo; la letra de una canción titulada «Ven acá, mami, es mejor cuando estás despierta». Etcétera, etcétera. Pero después de unas cuantas historias de ese estilo, se puso a hablar de su padre y de su madre, de su hermano Joe, de sus hermanas, de las clases nocturnas a las que había asistido para terminar los estudios, y de ser padre. Habló de nieve azul y de barriles de manzanas, y de una madera tan quebradiza que resonaba al partirla. Habló de lo que se siente la primera vez que lo hacen a uno abuelo y piensa en lo que dejará atrás al morir. Cuando se acabó la cinta al cabo de una hora y media (después de haberle dado la vuelta una vez, casi sin ser consciente de estar haciéndolo), y el botón de RECORD saltó e hizo vibrar el aparato, él estaba llorando y lamentándose por la pérdida de aquel mundo de luz y esperanza. En ese estado de profunda emoción, sacó la cinta del magnetófono, volvió a darle la vuelta para escucharla desde el principio, la insertó de nuevo en su ajustado receptáculo de rodillos y cabestrantes y pulsó el PLAY,

pensando que quizá si volvía a escuchar su narración podría conservar ese estado de dolor limpio y puro. Imaginó que ahora sus recuerdos tal vez le parecerían los de un extraño admirable al que sin embargo reconocería y querría inmediatamente. Pero la voz que oyó sonaba a nariz tapada y, lo que es peor, no muy bien educada, como si perteneciera a un paleta al que hubieran convocado, acaso incluso con ánimo de burla, para testificar acerca de asuntos sagrados, como si el motivo verdadero de su presencia ante una especie de senado grave y celestial no fuera tanto el propio testimonio cuanto sus torpes escarceos discursivos. Escuchó seis segundos de la cinta y luego la expulsó de la pletina y la echó al fuego que ardía en la estufa de leña.

Los juncos espigados y las flores silvestres crecían con fuerza a lo largo de la espina dorsal de los caminos de tierra y rozaban el estómago del carro de Howard. Los osos manoseaban los frutos de los arbustos que bordeaban los surcos.

Howard tenía un maletín de muestras de madera de pino, teñida para que pareciera de nogal, que se cerraba con unas correas de cuero sintético. En su interior, de terciopelo también sintético, llevaba pendientes baratos bañados en oro y colgantes de piedras semipreciosas. Abría el maletín para las amas de casa rurales y demacradas cuyos maridos estaban fuera, labrando o talando árboles. Les enseñaba siempre la misma media docena de abalorios durante la última visita del año, cuando pensaba: Ya es la época: las conservas a punto y las leñeras bien provistas, el viento del norte arrecia y empieza a hacer

frío, cada día anochece más pronto, la oscuridad y el hielo bajan del norte y se ciernen sobre la basta madera de las cabañas, sobre las toscas vigas que se comban y a veces se parten bajo el peso de la oscuridad y el hielo, enterrando a familias enteras mientras duermen, la oscuridad y el hielo y a veces también el rojo del cielo a través de los árboles: la desolación de un sol frío. Y pensaba: Compre el colgante, sosténgalo en la mano entre los pliegues de su vestido y deje que la luz baja del fuego lo lama bien entrada la noche mientras espera que el techo ceda o que su voluntad se parta y la capa de hielo sea demasiado gruesa para atravesarla con el hacha a medianoche plantada sobre el lago helado con las botas de su marido, el seco hachazo de la hoja sobre el hielo tan imperceptible bajo el carrusel de estrellas congeladas, bajo la tapa insonorizada del cielo, que su marido no despertaría de su sueño en la cabaña, no llegaría a oír ni acudiría corriendo, medio congelado y en ropa interior, a salvarla de abrir un agujero en el hielo y resbalar y caer dentro como si se tratara de una vena azul, y bajar hasta el fondo negro y cenagoso del lago donde no se vería nada, quizá tan solo notaría el movimiento agitado de algún pez somnoliento en la oscuridad al que su zambullida con el vestido de lana y las enormes botas lo habrían arrancado de sus lentos sueños invernales de antiguos mares. O tal vez ni siquiera notaría eso, debatiéndose como estaría envuelta en aquel ropaje espeso como alquitrán semifrío, y sus movimientos se ralentizarían, se calmaría incluso, y abriría los ojos y buscaría un destello de plata, una imbricación de escamas, y volvería a cerrarlos y notaría cómo los párpados se le volverían piel íctica y resbaladiza, la sangre que los irriga fría de pronto, y entonces ya nada le importaría, solo querría

descansar al fin, no querría nada más al fin que el simple zumbido, nuevo y repentino, que discurre entre sus ojos. El hielo es demasiado grueso para atravesarlo. Nunca lo conseguirá. Nunca lo conseguirá. Así que compre el oro, caliéntelo con su piel, póngaselo en el regazo cuando esté sentada junto al fuego y lo único que tendrá que mirar será a su astilloso marido mascando chicle o las resquebrajaduras de sus propias manos agrietadas.

Ninguna mujer le compraba joyas. Ya podía coger un colgante y paseárselo entre los dedos. La clienta contestaba: Sí que lo es, sí, cuando él decía: Mire qué joya más bonita. En ocasiones veía contraerse el rostro de una mujer por una milésima de segundo, tal vez porque la joya despertaba alguna esperanza personal ya medio olvidada, algún sueño procedente de la remota cúspide del matrimonio. O bien se le entrecortaba la respiración, como si se hubiera desprendido algo que llevaba tiempo colgado de un clavo o sujeto a una cadena, pero solo por un momento. Entonces la mujer le devolvía la baratija que él le ofrecía. No, Howard, creo que no. Y el maletín volvía a su sitio en el cajón, él hacía girar el carro en el jardín y emprendía el camino de regreso fuera del bosque, dejando atrás a la gente del campo a la que el invierno ya empezaba a aislar.

El representante local de la mercancía de Howard era un hombre llamado Cullen. Cullen era un estafador. Una vez al mes, Howard se sentaba a una mesa en la trastienda de Sander's y sisaba a su representante. Este esparcía los recibos de Howard por toda la mesa, se inclinaba hacia delante y los miraba a través del humo del cigarrillo que siempre le pendía del labio. Cuando hacía esto, Howard siempre

pensaba que parecía que estuviera repartiendo cartas para una mano de póquer o para un truco de magia. Cullen miraba los recibos con los ojos entrecerrados: solo cinco cajas de lejía; hacen falta seis para el descuento. Diez fregonas de algodón. Bien, pero el coste ha subido. Ahora hay que vender una docena. Se ganan cinco centavos menos que antes. ¿Qué tal el jabón nuevo? Me da igual lo difícil que sea convertir a esas viejas pueblerinas; tú eres vendedor. ¿Se puede saber qué demonios sales a hacer ahí fuera? ¿Oler margaritas? ¡Caray, Crosby!, ¿qué haces con las neveras y las lavadoras? ¿Cuántos folletos has repartido ya? Me importa un carajo que no entiendan lo de las mensualidades: la financiación es el *futuro*; ¡es el *Santo Grial* de las ventas! Cullen recogió todos los recibos y los embutió en su maletín. Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes, del cual arrancó uno de diez y siete de dólar. Escarbó en su otro bolsillo, lanzó un puñado de cambio sobre la mesa (como si fueran dados, pensó Howard), sacudió de un papirotazo con el índice cincuenta y siete centavos del montón de monedas y volvió a guardarse el resto en el bolsillo tan deprisa, que parecía que aquello fuera también uno de sus trucos. Firma aquí. Dime una cosa, Crosby, ¿cómo vas a llegar a ser uno de mis doce? Esa era la parte de la reunión con el representante que horrorizaba a Howard: cuando Cullen citaba a Bruce Barton. ¿Quién fue el mejor empresario de la historia, Crosby? ¿Y el mejor vendedor? ¿Y el mejor publicista? ¿Quién? Howard se quedó mirando el nudo de la corbata barata de Cullen y sonrió, procurando no parecer molesto y al mismo tiempo no contestar a la pregunta. Vamos, Crosby. ¿No te has leído el libro? ¡Pero si prácticamente te lo ofrecí a precio de coste! Howard suspiró y dijo: Jesu-

cristo. Eso es, dijo el representante, medio levantándose de la silla, dando un puñetazo en la mesa y apuntando con el dedo hacia el cielo, detrás de las nuevas raquetas de nieve que colgaban de la pared. ¡Jesucristo! *Jesucristo fue el fundador del comercio moderno*, empezó a citar. *Fue el invitado a cenar más célebre de Jerusalén. Escogió a doce hombres de las categorías más bajas del sector comercial y los convirtió en una organización que logró conquistar el mundo.* Dime, Crosby, ¿cómo vas a ser tú uno de mis doce si no sabes vender, si no *ardes en deseos de vender*?

Ciento treinta y dos horas antes de morir, George despertó del estruendo provocado por el desmoronamiento del universo y se encontró en plena oscuridad de la noche y de un silencio que, una vez que se hubieron desvanecido sus pesadillas, no podía entender. Iluminaba la estancia tan solo una pequeña lámpara de peltre instalada sobre una de las dos mesillas que flanqueaban el sofá. El sofá estaba colocado junto a la cama de hospital. A un extremo de este se sentaba uno de sus nietos, que leía un libro con el cuerpo ladeado hacia la luz de la mesilla.

George dijo: Charlie.

Y Charlie dijo: Yayo, y se puso en las rodillas el libro encuadernado en rústica.

Y George dijo: ¿Por qué diantre hay tanto silencio?

Y Charlie dijo: Es tarde.

Y George dijo: ¿Ah, sí? Pues a mí me parece que este silencio no es normal. George volvió la cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha. A su izquierda estaba el sillón Reina Ana y la chimenea que hacía treinta años que no encendía, desde que dejara de fumar en pipa. Recor-

daba el árbol de pipas que guardaba en el sótano, en su escritorio. Al principio se había imaginado que su entusiasmo por las pipas era parecido al que le despertaban los relojes; había comprado el árbol de pipas en un mercadillo de Newburyport. ¿Cómo es posible que recuerde eso?, pensó en la cama, preocupado como estaba por analizar la naturaleza del silencio que percibía casi como un ruido y por averiguar su origen, cuando de pronto le vino a la cabeza el mercadillo de Newburyport, aquella mesa atestada de trastos con el árbol de pipas y el aspecto del viejo sinvergüenza que despachaba detrás (una especie de marino retirado o de marino mercante, vestido con un jersey irlandés y una gorra de pescador griega) y su acento (norteño curado en sal vía Bangor vía Cabo Bretón) y casi todos los artículos que había en la mesa (paletas oxidadas, muñecas sin ojos, latas de tabaco vacías, fajos de partituras medio desmenuzadas, un termómetro de caramelo, una estatua de Cristóbal Colón) y cómo había negociado con aquel tipo por el árbol (¿Qué es lo más cercano a diez centavos que aceptaría por ese árbol de pipas? ¡Cinco dólares! ¿Cómo le permiten la entrada a un ladrón como usted? ¿Dos dólares? En ese caso ya puede ir pensando en quedárselo un poco más. ¿Un dólar con veinticinco centavos? Vendido.) Compró una docena de pipas a varios coleccionistas. Las colgó todas del árbol con la intención de cultivar el gusto por los tabacos caros y utilizar cada pipa solo para una clase de tabaco. Al cabo de una semana ya fumaba la mezcla más barata de la tabaquería de la zona en una pipa que había adquirido a cambio de una caja llena de piezas de reloj, y de la que cuando alguna chupada le sabía amarga sospechaba que no estaba hecha de madera, sino de plástico. Fumaba una cazoleta tras otra de pi-

cadura barata mientras reparaba relojes. Cuando terminaba la jornada, después de cenar, se sentaba junto a la chimenea en la butaca Reina Ana (que había comprado a bajo precio en una subasta porque tenía dos patas rotas) y se fumaba la última cazoleta del día. Cuando le salió una ampolla precancerosa en el labio inferior tiró las pipas, el árbol y las latas de tabaco y se conformó con fumar de tanto en tanto la mitad de un puro cada vez que tenía que barrer las hojas secas del garaje. Pese a no haber vuelto a sentarse en la butaca desde que dejara de fumar en pipa, la tela del respaldo conservaba una especie de sombra del contorno de su espalda; no era tanto una mancha como una silueta de un color ligeramente más oscuro sobre el tejido, que podía verse bajo una luz determinada y desde un ángulo determinado, y que aún se habría ajustado a la perfección a su forma de haber tenido él facultad de levantarse de la cama para sentarse en la butaca.

Tenía la cabeza recostada sobre unos cuantos cojines. Delante de él, a los pies de la cama, podía ver una parte estrecha de la alfombra persa que cubría el suelo. Después de la alfombra, pegada a la pared del fondo, estaba la mesa de comedor, con las alas desplegadas. Ocupaba casi toda la pared. A cada extremo de la mesa había una silla de respaldo escalonado y asiento de mimbre. Por encima de la mesa (en la que siempre había un bol con frutas de madera o un jarrón con flores de seda) colgaba un bodegón pintado al óleo. Era una escena turbia y borrosa, acaso iluminada por una única vela que no alcanzaba a verse dentro del cuadro, de una mesa sobre la que había un pez plateado y una oscura hogaza de pan sobre una tabla para cortar, una rodaja de queso de tonalidad rojiza, una naranja bisecada que mostraba al espectador las secciones

cruzadas de sus dos mitades y una copa de cristal verde, con el tallo grueso en forma de espiral y unos botones de cristal engastados alrededor de la base del ancho vaso. Sobre la tabla para cortar, junto al pescado y la hogaza de pan, había un cuchillo con el mango de peltre y, paralela a este, una especie de varilla negra con la punta blanca. Nadie había sabido decir qué era exactamente aquella varilla. En una ocasión, uno de los nietos observó que parecía una varita mágica, y sí que era cierto que el objeto se parecía a la clase de varita que utilizan los aficionados a la magia para hacer aparecer conejos o hacer desaparecer jarras de agua dentro de sus chisteras en las fiestas de cumpleaños infantiles. Pero el resto del cuadro, por mucho o poco tiempo que hiciera que se había pintado, era de influencia o de origen holandés o flamenco, y la varilla no era ni un juego de palabras ni un guiño inteligente. Y así se había convertido en un pequeño misterio de la casa que nadie se molestaba en investigar, aunque a la familia le gustara darle vueltas de vez en cuando, mientras aguardaban a que alguien se pusiera el abrigo o fantaseaban en el sofá durante una tarde de invierno.

A su derecha, detrás de la silla situada en el extremo derecho de la mesa, estaba la pequeña entrada, que estaba formada por la puerta de acceso al salón, la puerta principal a la derecha, la puerta del armario ropero en la otra punta y, a la izquierda, la puerta del desván sin terminar (que cuando construyó la casa, cincuenta años atrás, George había preparado para la instalación del agua y de la luz con la intención de convertir algún día aquel espacio en una amplia sala de estar). A la derecha de aquella puerta había un escritorio de tapa corredera, en el que George guardaba facturas, recibos y libros de

contabilidad por estrenar. Encima del escritorio colgaba otra pintura al óleo que representaba un paquebote saliendo de Gloucester en un día tormentoso. Era una escena de verdes, azules y grises turbios y oscuros que se arremolinaban alrededor del barco, visto desde atrás. Las puntas de las olas estaban iluminadas desde dentro por una luz de origen desconocido. Si observabas las líneas rectas de los mástiles y las jarcias de la nave (en plena tormenta el barco no navegaba a vela) durante un buen rato y a la luz débil de un crepúsculo o de un día lluvioso, el mar empezaba a moverse en las esquinas de tu visión. Se detenía en cuanto lo mirabas directamente, pero volvía a deslizarse y a serpentear cuando centrabas de nuevo los ojos en el barco.

Justo a la derecha de George estaba el sofá azul con una mesita a cada extremo, y allí sentado estaba su nieto, mirándolo con un libro en las rodillas. Detrás del sofá había una gran ventana en saliente que daba al césped delantero y a la calle de detrás del sofá, pero la oscurecían unas pesadas cortinas que su mujer había mantenido corridas día y noche desde que él regresara a casa para morir. Las cortinas eran gruesas y pesadas como un telón de teatro. Eran de color crema y tenían unas anchas columnas verticales de un granate tan oscuro que era casi negro. Las columnas estaban engalanadas con unos frondosos zarcillos que ascendían y bajaban enroscándose en espiral. Entre las diagonales del encaje vegetal se alternaban imágenes de urnas de mármol con pájaros cantores que sostenían en el pico cintas o briznas de hierba. Cuando miraba las cortinas, a George le parecía que su nieto estaba sentado delante de un pequeño escenario y que en cualquier momento se levantaría, se apartaría a un lado y,

con un brazo extendido e introductorio, le presentaría una especie de función de marionetas.

Pero en lugar de eso, el nieto volvía a preguntarle: Yayo, ¿estás bien?

Tremendo silencio.

Cuando ya no podía girar más la cabeza, tenía que imaginarse el resto de la habitación que le quedaba detrás. Allí estaban la consola del televisor, el confidente de terciopelo rojo, la fotografía coloreada a mano de su mujer con diecisiete años, en un marco oval de madera de palisandro, y también el reloj del abuelo.

Claro, pensó; eso era lo que pasaba, que el reloj se había parado. Todos los relojes de la habitación se habían quedado sin cuerda: los de carruaje y los sombreros de Napoleón de la repisa de la chimenea, el de banjo y el de espejo y el reloj patrón vienés de las paredes, el de campana de barco de Chelsea del escritorio de tapa corredera, el ogee de la mesilla del sofá, el reloj de pie Stevenson con la caja de nogal de dos metros de alto, fabricado en Nottingham en 1801, con la ventanilla de las fases lunares en la esfera y una pareja de petirrojos tejiendo encajes florales alrededor de los números romanos. Al imaginarse dentro de la caja de aquel reloj, hueca y seca y oscura, con el péndulo inmóvil colgando cuan largo era, se notó el interior del pecho y de pronto le asaltó el pánico de que también se le hubiera parado.

Cuando sus nietos eran pequeños solían pedirle permiso para esconderse dentro del reloj. Ahora le habría gustado reunirlos a todos y abrirse el pecho para esconderlos entre sus costillas y su débil corazón.

Al darse cuenta de que el silencio que lo había confundido se debía a que todos los relojes se habían quedado

sin cuerda, comprendió que iba a morir en la cama en la que descansaba.

Todos los relojes están parados, dijo con voz ronca a su nieto.

La yaya dijo que te pondrían nervioso.

(Lo cierto era que su mujer había dicho que el tictac de los relojes, por no hablar de las campanas y los carillones, la ponían nerviosa a ella y que no podía soportar las noches en vela con todo aquel repiqueteo de fondo. Pero en realidad su mujer se relajaba con el sonido de los relojes y sus campanas, y durante muchos años después de la muerte de su marido, en el piso que se compró en un complejo para jubilados con el dinero que él le había apartado en un escondrijo del sótano y en media docena de cajas de seguridad repartidas por la costa norte, conservaba una docena de las piezas más valiosas de su colección en funcionamiento y dispuestas por el salón de modo que, en su alineación precisa, que durante meses no paró de retocar y ajustar, parecían tocar un acorde único que casi hacía aparecer a su difunto marido, casi lo invocaba en aquella habitación; siempre parecía que estuviera allí, invisible entre los tics y los tacs y, a medianoche, mientras ella estaba echada y sola en su cama con dosel y todos los relojes daban las doce al mismo tiempo, sabía sin lugar a dudas que el maniático fantasma de su marido rondaba por el salón, inspeccionando cada mecanismo a través de las lentes bifocales de sus gafas y asegurándose de que todos estuvieran bien ajustados y acompasados y marcaran la hora exacta.)

Qué me van a poner nervioso, dijo. Levántate y ponlos en marcha. Y el muchacho, cuyo nombre no recordaba, fue de un reloj a otro dándoles cuerda a todos.

Pero los trenes de sonería no, dijo el muchacho. Harían demasiado ruido; armaríamos un buen jaleo si se pusieran a sonar todos a la vez; la yaya nos mataría.

Y George dijo: Está bien, y la sangre en las venas y la respiración en el pecho parecieron calmársele al oír los trinquetes, el clic de los resortes y el coro creciente de los relojes, que en lugar de hacer tictac le parecía que respiraban y se reconfortaban unos a otros estando simplemente juntos, como una congregación de gente en una cena parroquial o en una proyección de diapositivas organizada en la biblioteca local.

Además de arreglar cacharros y vender jabón, estas son algunas de las cosas que Howard hizo en algún momento durante sus visitas a domicilio, en alguna ocasión a cambio de un dinero extra, pero la mayoría de las veces no: matar de un disparo un perro rabioso, asistir en un parto, apagar un incendio, arrancar un diente cariado, cortarle el pelo a un hombre, vender cinco galones de whisky casero por un contrabandista del bosque llamado Potts y pescar a una niña ahogada en un arroyo.

La niña ahogada era la hija de una viuda llamada La Rose. Estaba jugando a la orilla del arroyo cuando resbaló sobre una piedra húmeda, se abrió la cabeza y al perder el conocimiento cayó en el agua boca abajo. La corriente se la llevó, la arrastró unos cuantos metros y la dejó en una barra de arena en mitad del arroyo. Howard se quitó los zapatos, se arremangó los pantalones y se adentró en el agua para recoger a la niña. Se inclinó para levantarla como si fuera a echarse a la cadera un cordero descarriado, pero cuando pasó los brazos por debajo del pequeño

cuerpo y notó lo frío que estaba y vio el pelo ondeando en la corriente y pensó en la madre de la pequeña que aguardaba detrás de él en la orilla, le dio la vuelta para ponerla boca arriba, la levantó y se la cargó en brazos como si estuviera dormida y él la llevara de la parte trasera de un carro a su camastro junto a la estufa de leña al regresar de una visita a unos familiares.

El hombre al que le cortó el pelo se llamaba Melish. Tenía diecinueve años y se casaba al cabo de una hora y media. Su madre había muerto; sus hermanas y hermanos, todos mucho mayores que él, ya estaban casados y se habían ido a vivir a Canadá o a New Hampshire o al sur de Woonsocket. Su padre estaba arando los quince acres de cultivo de patatas que tenía y antes que cortarle el pelo al muchacho le habría arrancado la cabellera, porque el hecho de que se casara significaba que iba a quedarse sin las últimas manos que le ayudaban en la granja. Howard cogió de su carro unas tijeras de podar y una olla mediana de hojalata. Le encasquetó la olla al chico en la cabeza y le cortó el pelo que sobresalía alrededor de la circunferencia. Cuando hubo acabado, desenvolvió un espejo de mano y se lo dejó al muchacho. Melish giró la cabeza a izquierda y derecha y devolvió el espejo a Howard. Así ya está bien, Sr. Crosby, dijo.

El hombre al que le arrancó el diente se llamaba Gilbert. Era un ermitaño que vivía en lo más profundo del bosque que bordeaba el río Penobscot. No parecía que viviera en otro refugio que el propio bosque, aunque según las conjeturas de algunos hombres que salían a cazar ciervos y osos y alces, Gilbert tal vez vivía en alguna cabaña de trampero abandonada. Otros pensaban que quizá vivía en una especie de casa construida en un ár-

bol, o cuando menos en un cobertizo. En todos los años que se sabía que vivía en el bosque, ni una sola partida de caza de invierno había visto ni siquiera una huella o las cenizas de una hoguera. Nadie era capaz de imaginar cómo podía sobrevivir a un invierno, y aún menos a varios, un hombre solo en el bosque y expuesto a la intemperie. Howard, en lugar de intentar explicarse la existencia del ermitaño mediante restos de hogueras y cabañas de cazadores, prefería el espacio en blanco en el que parecía habitar el anciano; le gustaba pensar en algún pliegue recóndito del bosque, alguna grieta en la que solo el ermitaño pudiera deslizarse, y donde el hielo y la nieve y el propio bosque helado lo acogerían y él ya no necesitaría hogueras ni mantas de lana, sino florituras envueltas en nieve y entretejidas en escarcha, con las extremidades como madera fría y la sangre como gélida savia.

Gilbert se había licenciado en el Bowdoin College. Según las historias que circulaban, presumía de haber sido compañero de clase de Nathaniel Hawthorne. Aunque para que aquel rumor fuera cierto él habría tenido que tener casi ciento veinte años, nadie se tomaba la molestia de rebatirlo, porque se les antojaba demasiado atractiva la idea de que el ermitaño de la zona, aquel que iba vestido con pieles de animales, que mascullaba letanías (la mitad de las veces en latín), y que en las épocas más cálidas iba escoltado por un pequeño pero ferviente enjambre de moscas que constantemente le zumbaban alrededor de la cabeza, se le paseaban por la nariz y le sorbían las lágrimas del rabillo del ojo, en el pasado había sido un conocido bien afeitado y planchado del autor de *La letra escarlata*. Al parecer Gilbert no era su verdadero nombre y

nadie sabía a ciencia cierta cuándo había nacido, de modo que la gente no le daba más vueltas.

A la gente le gustaba especular y contar historias sobre Gilbert el Ermitaño, sobre todo cuando se sentaban en torno a la estufa de leña en las noches de invierno y fuera aullaba una buena ventisca; imaginárselo ahí fuera en plena vorágine les producía una emoción reconfortante.

Howard aprovisionaba a Gilbert. Pocas eran las cosas que Gilbert necesitara del mundo de los hombres, pero lo que sí precisaba eran agujas e hilo, bramante y tabaco. Una vez al año, el primer día en que el hielo de las lagunas se fundía, alrededor del mes de mayo, Howard conducía su carro hasta la cabaña de caza del Camp Comfort Club, ya de por sí remota, y desde allí acarreaba a la espalda las provisiones que sabía que Gilbert necesitaba por un sendero indio que bordeaba el río. Por el camino Howard se encontraba con Gilbert. Los dos hombres se saludaban con un gesto de la cabeza. Luego se abrían paso entre los arbustos hasta la orilla del río, Howard con su fardo a cuestas y Gilbert con su séquito de moscas y una bolsa de piel de gamuza. Una vez en la orilla cada uno se buscaba una piedra o una mata seca de hierba para sentarse. Howard sacaba una lata de tabaco del fardo cargado de provisiones para Gilbert y se la pasaba al ermitaño. Gilbert se llevaba la lata abierta a la nariz e inhalaba despacio, saboreando la humedad dulce e intensa del tabaco nuevo; en la época en que lo visitaba Howard apenas le quedaban ya las últimas hebras del suministro anterior. Howard se imaginaba que el aroma del tabaco nuevo confirmaba a Gilbert que efectivamente había sobrevivido un año más, que había resistido un invierno más en el bosque. Después de oler el tabaco y mirar hacia el río un

momento, Gilbert extendía la mano hacia Howard. Este sacaba una pipa de uno de los bolsillos de su chaqueta y se la entregaba al ermitaño. Por lo demás Howard no solía fumar, pero se guardaba la pipa para esa única ocasión al año. También aquel día Gilbert llenó la pipa de Howard y luego la suya (que era preciosa, tallada en un nudo de madera granate, y que Howard se imaginaba que en el pasado debía de haber ocupado una base de latón sobre el escritorio de un decano), y los dos hombres fumaron juntos en silencio y contemplaron el rápido discurrir de las aguas. Mientras Gilbert fumaba, el tropel de moscas se dispersaba temporalmente, al parecer sin rencor ni resentimiento alguno. Cuando las pipas ya se hubieron extinguido, cada hombre expulsó las cenizas con unos golpecitos secos contra la piedra que le servía de asiento y se guardó la pipa. Entonces las moscas volvieron a instalarse en su órbita constante alrededor de la cabeza del ermitaño (*Circum capit*, masculló él) y Gilbert abrió su bolsa de piel de gamuza y sacó dos bastas esculturas de madera que parecían un alce y un castor, o acaso esta última una marmota. Estaban tan mal hechas que Howard solo podía asegurar que aquellos pequeños bultos de madera que el ermitaño había dejado en la hierba reseca debían de ser animales de alguna especie. Junto a las dos esculturas, Gilbert dejó una magnífica piel de zorro con la cabeza incluida que olía a carne podrida. Las moscas vivieron unos instantes de pánico al tener que decidir cual de los dos olores era más rancio, si el de la piel o el del ermitaño. Al final se mantuvieron fieles a su anfitrión, que además de oler peor estaba vivo. Howard colocó sobre la hierba el fardo de las provisiones y cada hombre recogió su mercancía. Las pocas palabras que habían intercam-

biado los dos hombres durante los primeros años de aquel ritual de primavera solo habían servido para modificar el pedido de Gilbert. Un año este último dijo: Más agujas. Y otro año: No más té, ahora café. Cuando la lista ya estaba modificada y comprobada ya no se decían nada más. Durante los últimos siete años, ninguno de los dos había articulado palabra alguna.

Sin embargo, el último año que Howard se encontró con Gilbert en el bosque los dos hombres hablaron. Al acercarse al ermitaño, vio que tenía la mejilla izquierda hinchada y brillante como una manzana madura. Gilbert caminaba arrastrando los pies con la mirada fijada en el suelo y una mano en la mejilla. Incluso las moscas estaban pendientes del dolor de su patrón y parecían zumbiar con más cautela a su alrededor. Howard ladeó la cabeza a modo de pregunta silenciosa.

Gilbert susurró: El diente.

Howard no podía imaginarse que a aquel viejo ronco, a aquel ermitaño que no parecía otra cosa que una avinagrada madeja de pelo y harapos, aún pudiera quedarle en la cabeza un diente dolorido. Sin embargo así era. Tras acercársele, Gilbert abrió la boca y Howard, entrecerrando los ojos para poder echar un buen vistazo, vio en el interior de aquella caverna fría y húmeda y ruinoso y morada, clavado al final de aquella hilera vacía de encías, un único diente negro plantado en un rojo e hinchado trono de carne. Un soplo de aire le llevó a la nariz el aliento del ermitaño y Howard dejó de respirar un momento y le vinieron a la mente imágenes de mataderos y de animales de compañía muertos bajo los porches.

El diente, repitió el ermitaño mientras se apuntaba la boca con un dedo.

Ah, sí, mala cosa, dijo Howard, y le sonrió con expresión comprensiva.

El ermitaño dijo entonces: ¡No! ¡El diente!, y siguió señalándose la boca. Howard se dio cuenta de que el pobre hombre afligido quería que le arrancara el diente.

¡Oh, no, no!, dijo. Yo no tengo ni idea de...

Gilbert lo interrumpió. ¡No! ¡El diente!, gritó con la voz más aguda que antes.

Pero no tengo ningún... De nuevo el ermitaño lo interrumpió y le hizo volver al lugar donde había dejado el carro, a cinco kilómetros de la cabaña del Comfort Camp Club.

Howard regresó al cabo de dos horas y media con un pequeño frasco de whisky de maíz de la destilería que Potts tenía en la ladera de la montaña y unos alicates de mango largo que solía utilizar para soldar pequeños fragmentos de latón a los cacharros agujereados. Al principio Gilbert se negó a tomar el licor, pero cuando Howard agarró el diente con los alicates el viejo perdió el conocimiento. Entonces Howard le echó a la cara agua fresca del río. El ermitaño volvió en sí e hizo ademán de alcanzar el whisky, se lo bebió de un solo trago y volvió a desvanecerse por el efecto del alcohol en el diente picado. Una nueva salpicadura de agua reanimó a Gilbert, y los dos hombres permanecieron un rato sentados y observando cómo una pareja de gorriones perseguían a un cuervo por encima de los abetos de la otra orilla del río.

El río estaba crecido después de un deshielo temprano y veloz, y hacía mucho ruido. Del agua parecían salir voces, como si existiera una raza de hombres que habitaran entre los rápidos. Cuando Gilbert comenzó a recitar a Virgilio, *Vere novo, gelidus canis cum montibus humor liquitur*, Howard metió los alicates en la boca del ermita-

ño, agarró el diente fétido y tiró con todas sus fuerzas. El diente no se movió y Howard lo soltó. Gilbert pareció perplejo un momento y volvió a caer de espaldas sin sentido junto a las moscas, que lo siguieron diligentemente de la posición vertical a la horizontal. En un primer momento Howard estaba convencido de que su cliente había muerto, pero un silbido húmedo procedente de los agujeros de la nariz bordeados de moscas del ermitaño le indicó que todavía podía considerárselo en el mundo de los vivos.

La boca del anciano estaba abierta de par en par. Howard se sentó a horcajadas sobre sus hombros y agarró el diente con los alicates. Cuando por fin logró arrancar el diente, el rostro y la barba de Gilbert estaban empapados en sangre. El paciente se reanimó con otro poco de agua del río. Al ver a Howard frente a él con los alicates ensangrentados en una mano y un diente de raíz extraordinariamente larga en la otra, Gilbert se desvaneció.

Al cabo de dos semanas, una noche Howard se despertó con los ladridos de su perro Buddy. Se levantó de la cama y fue a la puerta de la cocina para ver si en el jardín había un oso o una vaca descarriada. En el escalón de la entrada había un paquete envuelto en una piel grasienta y hedionda y atado con un cordel que Howard reconoció al instante porque era idéntico al que vendía a Gilbert. A la luz de la luna deshizo el nudo del bramante y desenvolvió el paquete. Bajo aquella piel había otra capa de terciopelo rojo. Howard la abrió y descubrió un ejemplar de *La letra escarlata*, nuevo como recién salido de la imprenta y con las páginas sin guillotinar. Howard abrió el libro y leyó las siguientes palabras inscritas en la portada: «A “Hick” Gilbert: por los recuerdos compartidos por

dos jóvenes muchachos en la flor de la vida. Recibe un afectuoso saludo desde la fe y la amistad fraternal que te profeso, Nath'l Hawthorne, 1852».

Al año siguiente, tras el deshielo, Howard sacó su pipa del cajón del carro en el que la guardaba, la frotó contra el muslo de sus pantalones, sopló en la cazoleta y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Hizo un fardo con todas las provisiones para Gilbert y empezó a subir por el sendero indio. No vio ni rastro del ermitaño. Durante una semana, Howard repitió la caminata todos los días, pero Gilbert no apareció. El séptimo día, Howard se apartó del sendero y se sentó a la orilla del río a fumarse una pipa del tabaco que había envuelto para el ermitaño. Mientras fumaba, escuchó las voces que salían de los rápidos. Murmuraban algo acerca de un lugar muy recóndito del bosque en el que, sobre un lecho de musgo, yacían unos huesos a los que un tropel de moscas había velado el otoño anterior hasta que llegaron las heladas y ellas también sucumbieron.

Esto es un libro. Es un libro que encontré en una caja. Encontré la caja en el desván. La caja estaba en el desván, bajo los aleros del tejado. En el desván hacía calor y reinaba el silencio. El aire estaba viciado y cargado de polvo. El polvo provenía de cuadros y libros viejos. El polvo que enrarecía el aire era parte del libro que encontré. Respiré el libro antes de verlo; saboreé el libro antes de leerlo. La cubierta del libro es de un rojo marmóreo. Las páginas son grandes. Las páginas están hechas de un papel grueso de color almendra escaldada. El libro está lleno de texto. El texto está impreso con tinta azul. La tinta es espesa y

en algunos puntos de la página se acumula y apelmaza como la pintura en un lienzo. El papel no absorbió bien la tinta. La tinta tenía que secarse antes de cerrar el libro o de volver una página. El azul de la tinta es tan oscuro que parece negro. Solo en las florituras de los remates que se adelgazan o en las líneas en las que la mano suavizó la presión que ejercía sobre la pluma puede verse el azul auténtico. La letra se parece a la tuya. Parece como si el libro lo hubieras escrito tú. Es un diccionario o una especie de enciclopedia. El libro está lleno de crónicas de sucesos, de una luz débil y fría del norte y de pequeñas construcciones procedentes de veranos cortos. Déjame leerte un ejemplo. ¿Estás cómodo? ¿Quieres que te baje un poco más la cama? ¿Quieres más agua? No; todos duermen. ¿Quieres que te lea un ejemplo? ¿No recuerdas haber escrito esto? Pues la letra se parece mucho a la tuya. También a la mía, con estas efes que parecen eses alargadas y con un guión corto atravesado en el centro. Y esa mezcla de letra manual y de imprenta. ¿Por qué no empiezo por el principio, con la primera entrada? No, soy Charlie. Sam está en casa de mamá durmiendo un poco. No, creo que ya no fuma. Lo dejó el invierno pasado, cuando contrajo aquella pulmonía. Sí, claro; siempre hemos sido una familia pasara lo que pasara. La primera es

Cosmos boreal: Piel ligera de cielo y nubes y montaña que cubre la laguna quieta. Debajo, una masa de agua repleta de juncos y cieno y truchas (conservados en piel de día y piel de noche y tapas de hielo), que sacamos con sedales equipados con enganches de piel o plumas brillantes. Piel como cristal como líquido como piel; nuestras palabras se deslizaban por la superficie resbaladiza (sobre la cual se re-

flejaban la luna encaramada, las estrellas giratorias, los murciélagos de alas inquietas), de modo que bastaba con susurrar a través de la extensa placa. Patos verdes envueltos en pólvora seca florecían entre las estrellas de un blanco resplandeciente, y una vez fuera de las vainas se alzaban del limo depositado en el fondo de la laguna y rompían la piel del agua. Y nosotros susurrábamos a través de las galaxias: ¿Quién necesita a Marte?

¿Cómo es tener un rayo dentro? ¿Qué siente uno cuando lo parte un rayo? Howard se imaginaba que debía de ser como un ataque. Aunque nunca los recordaba, tenía la sensación de que, si bien primero sentía frío y luego escalofríos, durante sus ataques la sangre le hervía y el cerebro casi se le freía en la sartén del cráneo. Parecía como si hubiera una puerta secreta que se abriera sola a una tormenta eléctrica desatada en algún punto de la periferia del sistema solar. Se imaginaba la puerta. Cerrada era invisible, envuelta en los colores del mundo (estaba fuera; se movía). Abierta estaba hecha de roble grueso y puro y se abría hacia fuera. El pomo era de madera porque el metal podía conducir la electricidad que había al otro lado. A menudo Howard se preguntaba si en la parte exterior de la puerta también había pomo. Mentalmente no podía imaginárselo porque la puerta siempre estaba cerrada u oculta o abierta de par en par, de modo que la parte frontal, la cara pintada de luces y sombras, de hierba y agua, solo se veía estando al otro lado. La puerta abierta enmarcaba una oscuridad infinita. El negro del universo rodeaba una girándula de luz. Del remolino de chispas salían disparadas agujas de electricidad. La mayor parte de este relámpago aparecía y desaparecía en un instante. Pero

cuando una de las cargas conseguía atravesar la puerta y alcanzar a Howard, se adhería enseguida; se agarraba a algún órgano interno y resistía y resistía. En las horas frías y entumecidas posteriores a un ataque reinaba la confusión; el cerebro ampollado de Howard crepitaba y echaba chispas azules detrás de sus ojos, y él permanecía sentado y abatido con la mandíbula floja, envuelto en una manta, desconcertado por su dieta de relámpago. Parecía como si algún ser bienintencionado deseara obsequiarle con un regalo especial y le diera de comer el voltaje en la boca desde detrás de la puerta. Pero no, ni siquiera era un ser. Era la puerta, o acaso las puertas, o tal vez ni siquiera eran puertas, sino tan solo las cortinas y los murales de este mundo, y el universo desbordante de estrellas solía oscurecerse con ellos —las cortinas y los murales—, y Howard, por accidente de nacimiento, saboreaba la cruda materia del cosmos. Era muy probable que otras almas inhumanas y más grandes proliferaran en aquel festín. Howard pensaba en ángeles, pero la imagen que tenía del serafín, con sus largos rizos rubios, sus halos dorados y esas largas y holgadas túnicas blancas, no encajaban con la especie que a él le venía a la cabeza, mucho más aterradora, oscura y poderosa, que se atiborraría y deleitaría con lo que, al ser ingerido por él, en lugar de saciarlo, reventaría al instante las costuras de su delgado cuerpo. El aura, el destello y el hormigueo de un ataque inminente no era el relámpago, sino el aire caliente que despedía el relámpago. El verdadero ataque sucedía cuando el rayo tocaba la carne, y en un instante tan atómico y tan inmaterial, casi incorpóreo, que casi no había antes ni después, ni una causa A que condujera al efecto B, sino simplemente A y simplemente B, sin ningún *entonces* entremedio, y

así Howard se convertía en energía pura e inconsciente. Era como lo contrario a la muerte, o un poco de lo mismo que era la muerte, pero desde una dirección distinta: en lugar de ser vaciado o extinguido hasta la anulación del yo, Howard era llenado, inundado hasta alcanzar ese mismo estado. Del mismo modo que la muerte podía caer por debajo de algún límite humano, también sus ataques podían salir disparados más allá de este.

Tal vez, pensó Howard, las cortinas y los murales y los ángeles de tonos pastel son una mentira piadosa, un pálido reflejo de las cosas apto para la fragilidad de los seres humanos. No obstante, siempre que miraba los ángeles de la Biblia de la familia, veía sus radiantes halos dorados y sus resplandecientes túnicas blancas y se estremecía de miedo.

Noventa y seis horas antes de morir, George dijo que quería que lo afeitaran. Era muy exigente en el vestir. Las chaquetas y las camisas que llevaba tenían un corte impecable, siempre confeccionadas con las mejores telas o a la última moda. El pelo de la cara le crecía por zonas; no habría podido dejarse barba o bigote. Precisamente por eso daba tanta importancia a un buen afeitado. Si dejaba pasar un día sin afeitarse, su rostro infantil moteado por una barba rala y mal sembrada le confería el aspecto de un inválido o de un niño corpulento e incapaz de ocuparse de sus necesidades.

Por Dios, ¿cuándo fue la última vez que me afeité? ¿Y si me afeitara ahora? Miró a su familia repartida por la habitación. Allí estaban su mujer, sus dos hijas, Claire y Betsy, algunos nietos ya mayores y la única hermana que

aún le quedaba viva, Marjorie, que no paraba de jadear y llevaba un grueso collarín ortopédico a causa de un reciente traumatismo cervical. El collarín iba envuelto en un calcetín de color crudo que hacía juego con el traje de chaqueta que vestía. Pese a su asma crónica, salía al porche trasero a fumar estilizados cigarrillos femeninos, con los brazos cruzados, sacudiendo la ceniza con el pulgar y exhalando pequeñas y sibilantes bocanadas de humo azulado. Guardaba el paquete de cigarrillos en un estuche de tela con el cierre dorado. El estuche estaba adornado con cuentas de color canela engarzadas sobre un bordado de chorros de agua. Oyó a su hermano mientras arrojaba el cigarrillo consumido a los arbustos de rododendro y volvió a entrar en la casa. La puerta mosquitera se cerró de golpe detrás de ella, y el ruido irrumpió irreverente en medio de aquel silencio lúgubre y funerario. (La mañana que George había ido al hospital porque se encontraba peor de lo habitual, tenía previsto ir a la ferretería a comprar un nuevo brazo hidráulico para la puerta; el viejo ya no ofrecía resistencia alguna.)

¿Por qué nadie ha afeitado a Georgie? ¿Quién va a afeitar a Georgie? Es horrible. Georgie tiene muy mal aspecto. Dios mío, tiene un aspecto *horrible*.

Uno de sus nietos, Samuel, dijo: Tienes razón, tía Margie; tenemos que arreglarlo un poco, que así parece un viejo verde. Yo lo afeitaré. Tú reza, yayo, y estate quieto. Tenía ganas de estrangular a su tía abuela y fumarse todos sus cigarrillos.

George dijo: Estoy perdido.

Y Sam dijo: No te queda otro remedio.

Y George dijo: Anoche tampoco me quedaba otro remedio.

Sam volvió a la habitación con un barreño de agua hirviendo y una toalla caliente, espuma de afeitar y una navaja de plástico desechable que su abuela había rescatado de un cesto situado debajo de la pila del lavabo y que estaba lleno de artículos de tocador sin usar y recubiertos por una capa encostrada de jabón. El muchacho no pudo encontrar la máquina eléctrica de su abuelo y George no recordaba dónde la había guardado. Nadie tuvo el aplomo suficiente para correr a la droguería a comprar una nueva. Sam presionó la toalla caliente contra la cara de su abuelo y deseó poder fumarse un cigarrillo y no tener que afeitar al abuelo delante de aquel público tan histérico y retorcido. La cabeza de George tembló ligeramente debido al Parkinson. El temblor se detuvo cuando Sam le sostuvo la cabeza. El muchacho retiró la toalla, agitó el bote de espuma de afeitar y apretó el botón dispensador. El bote era viejo, desenterrado junto con la maquinilla de las entrañas del cesto de debajo de la pila del lavabo. Como George solía usar máquina eléctrica, no necesitaba espuma de afeitar. El bote estaba oxidado por la parte inferior y era de una marca que ya ni siquiera se fabricaba. El dispensador chisporroteó y estornudó un escupitajo de baba blanca en la mano de Sam.

Sam dijo: No te preocupes por la leña, mamá.

Y George dijo: Papá traerá un montón a casa.

Sam volvió a agitar el bote y esta vez lo que salió se parecía más a la espuma de afeitar. Sam la esparció por la cara y el cuello de George. Empezó por las mejillas, afeitando en el sentido en que crecía la barba. La cuchilla se deslizaba con suavidad. El pelo del labio superior se le resistió más, y el del inferior aún más.

Marjorie dijo: No le cortes.

Las hijas de George torcieron el gesto en una mueca. Betsy, la madre de Sam, dijo: Ve con cuidado, y enseñó los dientes a Sam para expresarle peligro y preocupación y apoyo.

La mujer de George y abuela de Sam dijo: Pásasela por la barbilla; siempre se la deja sin afeitar.

Sam dijo: Un cigarrillo.

Y George preguntó: ¿Qué?

Y Sam contestó: Nada. Estese quieto, señor Kresge.

Señor Kresge, tengo una queja, ¡cómo ha podido venderme esa pintura roja tan mala!

Entonces llegó a la papada de George, esa bolsa de piel suelta entre la parte inferior de la barbilla y el cuello, con unos toques breves y ligeros. Sam tiró de ella hacia uno y otro lado para tensarla y con cuidado pasó la maquinilla por la suave piel de George. El esfuerzo agotó a Sam, y el ansia de nicotina le obligó a afeitar de cualquier manera. Cuando creyó que ya había terminado y después de limpiar los restos de espuma del rostro de George, vio que aún le quedaba un parche de barba en un pliegue de la piel del cuello. Y en lugar de aplicarle más agua caliente y espuma, Sam dijo: Espera, me he dejado un trozo, y tensó bien el pliegue con el pulgar y pasó la maquinilla por el parche. La maquinilla se atascó en la piel y le abrió un corte.

Mierda, dijo Sam.

Y George preguntó: ¿Qué?

¡Sangre!, exclamó Marjorie.

El corte no era profundo, pero sangró escandalosamente y trazó una columna de rojo por el cuello de George, que al llegar a una serie de arrugas y pliegues se dividió en varios afluentes y le manchó la parte superior del camisón de algodón blanco, lo cual hizo necesario el laborioso esfuerzo de cambiar las sábanas manchadas de

George por otras limpias, un proceso más difícil de lo que sugería su sencilla mecánica, ya que obligaba a hijas y nietos a dar la vuelta al pálido e inútil cuerpo desnudo de George para desplazarlo de un lado a otro de la cama. Cuando esto sucedió tuvieron que sacar a Marjorie de la habitación.

Al verle los hombros y el pecho desnudos la hermana dijo: ¡Es *horrible*! ¡Que alguien *haga* algo! Los ojos se le llenaron de lágrimas y se puso a lloriquear.

George no había notado nada. En cuanto le hubieron contenido la hemorragia y tapado la herida con una venda de plástico, y una vez que George ya volvía a estar incorporado en la cama con un camisón limpio, Marjorie, junto con el resto de los miembros más pudorosos de la familia, volvió a la habitación. Sam dio un espejo a George. Este pareció sorprenderse al ver su reflejo, como si después de toda una vida viéndose en espejos y en ventanas y en metales y en agua, de pronto se le apareciera un desconocido grosero e impaciente en lugar de él mismo, alguien deseoso de salir en la película aunque su entrada en escena significara el mutis de George.

Esto volvió a sembrar la alarma en la habitación, y Sam se apresuró a decir: Bueno, ¿qué te parece? George levantó la vista del espejo, confundido. Sam le dijo: ¿Qué me dices del afeitado? George miró a su nieto, desorientado. Sam inclinó muy ligeramente la cara hacia su abuelo, aguantándole la mirada, y volvió a decir, esta vez con una voz más queda: ¿Qué te parece el afeitado?

Y George dijo: ¡Ah! ¡El *afeitado*, dices! Muy, muy bien. Vuelvo a estar muy guapo.

Sam dijo: Como el pequeño Leroy, el grumete.

Y George dijo: ¡Ah, ese chiquillo sí que era *sensato*!

El camino lleno de surcos pasaba entre dos suaves laderas. Los árboles que crecían en cada ladera se inclinaban hacia el camino, de modo que sus ramas más bajas rozaban la hierba. El sol descendió y llenó de luz las copas de los árboles y la hierba crecida, y el espacio entremedio quedó oscurecido por un grupo de sombras que se concentraron alrededor de las ramas más bajas. Howard avanzaba por el camino con la sensación de que a medida que él pasaba las sombras salían de debajo del borde del bosque, bajaban por la pendiente y se posaban en la tierra. También detrás de él, junto con las sombras, algunos animales bajaban a pacer en la hierba del borde, y un zorro rojo de patas negras pasó como una flecha a través del camino iluminado, de oscuridad a oscuridad. Para Howard aquel era el mejor momento de la tarde, cuando los pliegues de la noche se mezclaban con algunas franjas del día. Se contuvo las ganas de parar el carro para dar una manzana a Príncipe Eduardo, adentrarse entre las sombras y sentarse tranquilamente y confundirse con el lento arroyo de la noche; o de parar el carro y simplemente permanecer sentado en el banco observando cómo las sombras se acercaban y se congregaban en torno a las ruedas y los cascos de Príncipe Eduardo, y poco a poco le alcanzaban las suelas de los zapatos y le subían por los tobillos hasta que el mulo, el carro y el hombre quedaban sumergidos por completo en la pleamar de la noche, porque los secretos congregados en las sombras de los árboles fronterizos que susurraban y aguardaban que él pasara, y que le ponían de punta el vello de los brazos y de la nuca y le tensaban el cuero cabelludo al notar que inundaban, invisibles, el camino a su alrededor, se disipaban cada vez que él dirigía su atención hacia ellos, se dispersa-

ban hasta quedar fuera del alcance de su vista. La auténtica esencia, la receta secreta del bosque y la luz y la oscuridad era demasiado fina y sutil para ser observada *con mi pobre ojo —bolsa de agua y nervios, fino milagro en sí mismo: receptor de luz—*. Pero la cosa en sí no es bosque ni luz ni oscuridad, sino algo más esparcido por mi tosca mirada, por mi estúpida intención. El edredón de hojas y luz y sombra y brisas agitadoras podría rasgarse y entonces yo alcanzaría a ver lo que hay al otro lado; un punto podría soltarse, solo o con ayuda. El tejedor podría haber hecho una mala lazada en el follaje de un arce de azúcar junto al camino y esa lazada de lo que sea que esté hecho el hilo —luz, gravedad, oscuridad de estrellas— se había aflojado de algún modo por obra del viento en su constante inquietud de brotes blancos y hojas verdes y hojas sanguíneas y ramas desnudas, y dos de las piezas de lo que sea que esté tejido este mundo se habían soltado entre sí y tal vez habían dejado un agujero de un dedo de ancho que yo tuve la suerte de descubrir entre las hojas centelleantes desde este carro de cajones, y fui lo bastante ágil para trepar por el tronco de plata y lo bastante valiente para meter el dedo en el rasgón; esto podría dar al simple tacto una idea de calma o de tranquilidad.

Esa era la naturaleza de las ensoñaciones de Howard mientras Príncipe Eduardo tiraba del carro con seguridad animal avanzando por la pista de tierra abovedada y él se sumía en una especie de aletargamiento vigilante en el que su mente se comportaba como la de una persona dormida cuyos sueños son dictados por sus ojos abiertos.

Crepúsculo boreal: 1. La corteza de los abedules emite un resplandor blanco y plateado al anochecer. La corteza de

los abedules se despegan como pergamino. 2. Las luciérnagas parpadean en la hierba espesa y forman halos alrededor de los setos. 3. Los espacios entre los árboles parecen brasas de carbón incandescentes. 4. Los zorros no se apartan de las sombras. Los búhos lo contemplan todo encaramados a las ramas. Los ratones recolectan con brío.

Otro reloj increíble del que el autor ha tenido el placer de oír hablar es la clepsidra que el rey de Persia regaló a Carlomagno en 807.

El hombre primitivo siempre buscó métodos para capturar el tiempo más precisos que el de capturar las sombras del carro de Apolo sobre un disco de hierro marcado (¿qué se hacía cuando el sol se hundía bajo las colinas en el oeste?), o el de quemar aceite en una lámpara de cristal marcada a intervalos regulares de modo que las horas inexactas podían deducirse a medida que se agotaba el combustible. El alma sensible y razonable que quizá un día alcanzó a oír, mientras descansaba a la orilla de un arroyo burbujeante en ese estado que se halla a caballo entre el sueño y la vigilia durante el que tantos hombres parecen más receptivos para percibir las poleas y los cabrestantes que izan las nubes, los bramidos celestiales que empujan los vientos, los piñones y las ruedas que hacen girar el globo, ese alma que quizá un día alcanzó a oír cierta regularidad en la canción argentada del agua sobre los guijarros, nos es desconocida. Observemos, pues, que es conveniente arrancarla de las profusiones del pasado, acaso equiparla con unas sandalias de suela gruesa y una mano firme, un corazón abierto a la naturaleza y una cabeza consagrada a la evolución de los hombres, y observar admirados cómo toquetea y juguetea y persevera con varias máquinas hasta obtener un mecanismo que marca la hora mediante un flujo de agua constante a través de sus entrañas. Llamémosle por su nombre, incluso: Ctesibio

de Alejandría, y reconozcámosle el mérito de haber construido un instrumento que fue el antepasado de aquel que el árabe regaló a Carlomagno para consumir gota a gota los momentos de sus últimos siete años. En primer lugar, un hilito constante de agua caía de un depósito a un recipiente. En el recipiente había un flotador fijado con una varilla vertical. Encaramada en la punta superior de la varilla había una figura (nos la podemos imaginar con un turbante, una túnica, una barba negra y poblada y unos ojos negros y feroces). Este personaje sostenía una aguja (de nuevo podríamos imaginarnos la aguja con la forma de una lanza, que el guerrero supuestamente se dispondría a arrojar a un adversario imaginario). El personaje iba elevándose a medida que el agua llenaba el recipiente que ocupaba. Y así la aguja ascendía a lo largo de una columna graduada con veinticuatro rayas correspondientes a las horas del día. Cuando la figura alcanzaba la vigésimo cuarta raya, el agua del recipiente en el que esta flotaba tocaba un sifón. Este sifón vaciaba el recipiente y la figura volvía a caer hasta el nivel de la primera hora, esto es, la medianoche.

El reloj con que obsequiaron a Carlomagno no tenía esta figura, sino una esfera que contenía doce puertas. A la hora correspondiente, la puerta correspondiente se abría y de ella salía el número correspondiente de bolitas de oro, que iban cayendo de una en una sobre un tamboril de latón cubierto por una piel de cabra cuadrada y tirante. Cuando llegaba la medianoche y las doce bolas daban sus doce golpes, doce jinetes en miniatura se echaban a cabalgar y al pasar cerraban las doce puertas.

Fragmento extraído de *El buen relojero*,
del Rev. KENNER DAVENPORT, 1783

Noventa y seis horas antes de morir, George estaba deshidratado. La pequeña de sus dos hijas, Betsy, estaba sentada a un lado de la cama, intentando darle agua. El hospital les había proporcionado docenas de pequeñas esponjas de color rosa con su envoltorio individual y pinchadas con un palo de papel enrollado. Las esponjas se mojaban en agua y las chupaban los pacientes que estaban demasiado enfermos para beber en una taza. Betsy pensó que su padre tenía un aspecto ridículo, como un niño chupando una piruleta. De modo que intentó hacer que bebiera directamente de la taza.

Debes de tener mucha sed. ¿No preferirías un buen sorbo a tener que chupar esa esponja asquerosa? No podía borrarse de la cabeza la imagen de su padre chupando una esponja de cocina sucia sacada del fondo de un fregadero.

George dijo: Sería estupendo. Dios, qué sed tengo. Cuando la hija le acercó la taza a los labios y la inclinó ligeramente, el padre la miró y entonces toda el agua le bajó por la barbilla. Cuando ella empapó una de las esponjas y se la metió en la boca, el padre estuvo a punto de tragársela con palo y todo. Se atragantó y empezó a tener arcadas. Al sacarle la esponja la hija vio que estaba cubierta de una espesa mucosidad blanca.

Qué gusto, dijo George. Tengo tanta sed.

Se estaba muriendo de insuficiencia renal. La causa real de su muerte sería el envenenamiento por ácido úrico. Toda la comida o el agua que conseguía consumir ya no salía de su cuerpo.

Betsy dijo a su hermana, su madre y sus hijos: Se le ve tan sediento. Necesita agua.

Y su hijo Sam dijo: Que tenga sed es el menor de sus

problemas. De todos modos ya nada es un problema porque *se va a morir*.

(Aquella primavera George murió y fue enterrado en el cementerio municipal. Betsy plantó geranios rojos delante de su lápida de mármol negro y pulido, que tenía grabada una fecha incorrecta del nacimiento de su mujer. Ella le había dicho: cuando yo estire la pata podrás encargarte que pongan *la otra* fecha. Betsy se ocupó de los geranios hasta el otoño. Todos los días, al salir del trabajo, se calzaba sus deportivas y caminaba más de tres kilómetros de su casa al cementerio para hablar con su padre y regar las flores. Había un grifo y un envase de leche de medio galón que le había proporcionado el encargado de mantenimiento. Cinco veces llenaba el envase y cinco veces lo vaciaba al pie de las plantas, hasta que estas se erguían sobre un charco de tres pulgadas de agua turbia. De la tumba salían unos riachuelos plateados que se adentraban en la hierba verde. De no haber estado el terreno situado en la ladera de una montaña, donde el agua se filtraba con rapidez, las flores se habrían ahogado al cabo de una semana.)

Tormenta boreal: 1. El cielo se volvió plateado. La laguna se volvió plateada por el reflejo de plata del cielo. Parecía una charca de mercurio. El viento soplaba y los árboles mostraban el verde plateado de la parte inferior de sus hojas. El cielo pasó del plata al verde. Fuimos al muelle, donde nuestros botes de madera estaban atados por la proa a cornamusas de aluminio. La madera del bote estaba pintada de un blanco plateado. Nos arrodillamos en el borde del muelle y nos inclinamos hacia el agua hasta que la piel plateada del cielo desapareció y vimos ramitas y algas y culebreo de pececillos y sanguijuelas hinchadas de sangre. No podía-

mos verlas, pero sabíamos que a varios pies de distancia, justo por debajo del punto en el que volvía a empezar la piel del cielo y pasados los botes, también nadaban unas truchas de río pequeñas y de vientre plateado. Las truchas eran invisibles en el agua, con el lomo verde como las algas y las hierbas verdosas y oscuras del fondo, hasta que subían y rompían la piel del agua para comer insectos y mostraban sus vientres de color verde plateado. 2. El viento se filtraba entre los abetos que rodeaban la orilla de la laguna como un rumor, como un murmullo de ancianos rezongando entre dientes por la tormenta que acecha tras la montaña. La tormenta surgió de detrás de la montaña y envolvió la cumbre. Un relámpago bajó desde lo alto a beber agua, lamió los bajíos con lenguas eléctricas, dejando atónitas a las ranas de ojos saltones, a las pequeñas truchas y a los pececillos plateados. El trueno estalló como un árbol derribado y al chocar contra la piel del agua hizo temblar la cabaña.

Una tormenta de finales de primavera cubrió los últimos narcisos y los primeros tulipanes con pizcas de nieve, que se fundieron al volver a salir el sol. La nieve parecía producir un efecto vigorizante en las flores; las raíces bebían la nieve derretida; los tallos se enderezaban con aquella bebida fría; los pétalos, suaves y lozanos, se libraban de la capa quebradiza de una helada auténtica. Por la tarde empezó a hacer calor, y con el calor aparecieron las primeras abejas y cada pequeña abeja se instaló en un cáliz amarillo y se puso a chupar como un recién nacido. Howard detuvo a Príncipe Eduardo, aunque llevaba retraso en sus visitas, dio al mulo una zanahoria y se adentró en el campo lleno de flores y abejas, las cuales, sometidas a su labor primaveral, no parecían inmutarse lo más mínimo por su presencia, de hecho ni siquiera parecían percatarse

de que él estuviera allí. Howard cerró los ojos e inspiró. Olía a agua fría y a prado frío e intrépido. Aquellas flores tempranas olían a agua fría. Su fragancia no era el perfume tranquilo del pleno verano; era el olor mineral del prado frío y salvaje. Se agachó para observar un narciso. Su corola de seis pétalos estaba totalmente abierta, como un sol radiante en miniatura. Una abeja se paseaba lentamente por su cáliz, masajeando el estigma y la antera y el estilo. Howard se atrevió a acercarse más (se imaginó aspirando por la nariz a la pobre abeja, el subsiguiente aguijonazo, la desafortunada picadura y la criatura destripada y muerta tendida boca arriba sobre la hierba fría y aplanaada) y volvió a inspirar. Notó un aroma ligeramente dulce mezclado con el frío crudo y mineral, que se desvaneció cuando inspiró más hondo para poder olerlo mejor.

El campo era un terreno abandonado. Al fondo se veían los restos de una casa vieja y en ruinas desde hacía tiempo. Las flores debían de pertenecer a la última generación de su especie perenne, cuyos antepasados fueron plantados por una mujer que vivió en aquellas ruinas cuando aquellas ruinas eran una casa sin pulir ni pintar habitada por ella y un marido serio y humeante y tal vez también un par de hijas serias y calladas, y las flores eran un acto de resistencia contra aquel terreno agreste y pelado con aquella casa tosca que se alzaba en medio de la tosca tierra como un puro acto de locura necesaria e inevitable porque los seres humanos tienen que vivir en algo y en alguna parte y da lo mismo aquí que allí porque en cualquier lugar (sea donde sea) resulta vergonzoso y parece una interrupción, una intrusión en algo que, tal como había leído ella en su Biblia infinidad de veces, les permita ejercer dominio y pueda parecer estropeado, arrasado y

derrotado cuando llegue la gente con sus voces catastróficas y sus sierras y arados y se ponga a cantar y a dar martillazos y a tallar y a levantar. De modo que las flores eran acaso un bálsamo o, si no eran un bálsamo, una especie de gesto que significaba el bálsamo que ella aplicaría si estuviera en su mano dar color rojo. Las flores entre las que paseaba Howard eran las pocas herederas que quedaban de aquel breve período de desastre y rehabilitación, y se sintió cerca de la clase de secretos sobre los que a menudo se sorprendía elucubrando, y solo se daba cuenta de que había estado cerca de las revelaciones de esos secretos después de percatarse de aquella proximidad, y ese fenómeno, el de percatarse, era precisamente lo que lo transportaba, de modo que cualquier dato o revelación solo estaban disponibles en retrospectiva, como una especie de rescoldo que se mantenía encendido pero no era accesible a través de las palabras. Entonces pensó: ¿Y a través de la hierba y las flores y la luz y la sombra?

Howard abrió un cajón de su carro y cogió una caja de alfileres, que apuntó en su libro de inventarios y pagó de su bolsillo con dos monedas de un centavo deslucidas. Formó un cuadrado con cuatro ramas y las ató entre sí con briznas de hierba. A continuación seleccionó más briznas de hierba por su anchura. Las dispuso a través del marco y las fijó a las ramas con los alfileres. Tensó tanto las primeras que se rasgaron y soltaron de los alfileres. Al final dio con la presión adecuada, la cantidad de tirantez que la hierba podía soportar antes de rasgarse contra la columna del alfiler que la sujetaba. Atravesaba las briznas alternativamente, una del tallo a la punta, de izquierda a derecha, y la siguiente de la punta al tallo, de modo que la hierba formara un panel verde sin costuras por encima del

cuadrado. Cuando terminó de clavar en el marco la última brizna, Howard abrió otro cajón del carro y sacó unas tijeras de costura. Las tijeras iban en una caja de cartón marrón en la que aparecían dibujadas y cortando un pedazo de tela de un rollo. Estaban envueltas con un trozo cuadrado de papel tieso y de un blanco turbio. Howard las desenvolvió con cuidado y recortó la hierba que sobresalía de los bordes del marco. Lo hizo solo con las puntas de las hojas de las tijeras, y cuando hubo terminado limpió las hojas frotándolas con el puño de su camisa (dejando en él manchas de verde hierba con la forma de la punta de una flecha), volvió a envolver las tijeras con su papel, las guardó en su caja y guardó la caja en el cajón correspondiente. Entonces sostuvo el objeto en alto contra el viento, esperando oír alguna nota. Luego lo levantó hacia el sol y la hierba se iluminó e hizo brillar el panel.

El terreno estaba salpicado de flores silvestres junto con las plantas perennes. Howard cogió ranúnculos (*hábitat: campos viejos, praderas, zonas estropeadas*) y unas flores blancas y pequeñas que temblaban con el viento y cuyo nombre desconocía. Entretejió las flores por los tallos en su urdimbre de hierba, alternando las blancas con las amarillas. En total enhebró cien flores. Llegaron ciervos a pastar bajo las sombras alargadas. Cuando alzó la mirada el día ya casi llegaba a su fin. No había hecho sus visitas. El único dinero que tenía en su caja eran los dos centavos que había sacado de su propio bolsillo para pagar los alfileres. Uno de ellos pertenecía enteramente a Cullen, su agente, y del otro solo una parte muy pequeña era suya. Se planteó recortar aquella porción de centavo, ligera como un pedazo de uña cortada, el ángulo convexo mate y sucio y el cóncavo brillante y limpio, y regresar a

casa junto a Kathleen y ponerle la porción en la mano abierta. Pensó también en la sorpresa de ella y en su habitual enfado que luego se convertiría de nuevo en sorpresa y finalmente en placer cuando él se descargara de la espalda el tapiz de hierba y flores y se lo pusiera en las manos. Ella lo observaría del derecho y del revés, sosteniéndolo frente a una lámpara de aceite tal como lo había hecho él con el sol, para ver cómo la luz iluminaba aquel verde vivo. Se acercaría el panel a la cara y olería las flores y los tallos magullados. Sostendría el panel bajo su barbilla levantada y le preguntaría a él si podía ver los reflejos de los ranúnculos y se reiría. Y diría: Estas blancas se llaman anémonas.

Howard se puso a temblar, de pronto tenía frío. El verano templaría la tierra helada, pero por el momento el agua era tan dura y mineral que parecía resonar. Howard oía cómo el agua retumbaba a través de la tierra y alrededor de las raíces. El agua inundaba la hierba a la altura del tobillo. Los charcos temblaban y la luz que se proyectaba en ellos a través de las nubes titilaba y les hacía parecer platillos de latón. Parecía que tuvieran que resonar al golpearlos con un palillo. Los charcos resonaban. El agua resonaba. Howard dejó caer su tapiz de hierba y flores. El zumbido de las abejas formó un único acorde vibrante y cadencioso como una pulsación. El campo resonaba y daba vueltas.

Ochenta y cuatro horas antes de morir, George pensó: Porque son como azulejos sueltos en un marco, con el espacio suficiente entre ellos para poder desplazarse de un lado a otro, aunque solo puedan moverse unos pocos a la

vez y solo en un punto concreto, de modo que parezca que no son ellos los que se mueven, sino el espacio que queda vacío entre ellos, y ese espacio vacío es el espacio que falta, los últimos fragmentos de cristal de color, y cuando esos fragmentos estén en su sitio ese será el cuadro final, el arreglo final. Pero esos fragmentos, lisos y brillantes y lacados, son las oscuras lápidas de mi muerte, en gris y negro, y pálidas y decoloradas, y hasta que no estén en su sitio todo lo demás seguirá cambiando. Y así esto terminará en un caos en el que cuando todo se detenga yo no llegaré a saberlo, y este movimiento es ese espacio, es lo que aún no ha llegado, y que los demás verán rellenado allí donde quede finalmente cuando los últimos fragmentos encajen y los demás dejen de moverse, y el resultado será el dibujo quieto, el despliegue final, aunque tampoco exactamente, porque esa finitud final no dejará de ser también un pequeño desplazamiento, un grupo de azulejos perlinos, que en general se mantendrán unidos pero se moverán en bloque de un lado a otro y se mezclarán de formas infinitas con los recuerdos de otras personas, de modo que yo acabaré convertido en una serie de impresiones porosas y susceptibles de ser combinadas con todos los demás cuadrados vítreos que flotan de un lado a otro dentro de los marcos de otra gente, porque siempre queda un espacio reservado para el resto de su tiempo; y para mis bisnietos, que tienen más espacio que azulejos, no seré más que el arreglo grisáceo de una serie de rumores; y para los bisnietos de mis bisnietos no seré más que un matiz de algún color oscuro; y para los bisnietos de estos nada que ellos conozcan, y así sucesivamente a través de la legión de desconocidos y fantasmas que me ha dado forma y color desde Adán y desde cuando las costi-

llas se formaron soplando arena fundida para convertirla en los trozos de cristal que adoptaron la luz de este mundo porque se hicieron con la luz de este mundo, pese a que los fugaces inquilinos de aquellos trozos de cristal de color los han desocupado antes de tener la más remota idea de lo que es vivir en ellos, y si tienen... si tenemos suerte (sí, soy afortunado, afortunado), y si tenemos suerte, tenemos momentos fugaces de satisfacción porque podemos reflexionar sobre el misterio, si bien jamás podremos resolverlo; o tenemos incluso abundantes misterios personales, por no hablar de los de fuera —¿pero acaso hay misterios fuera?, eso ya es un enigma por sí solo—; pues eso, misterios personales como dónde está mi padre, por qué no puedo parar todo este movimiento, echar un vistazo a los arreglos inmensos y descubrir junto a los contornos y los colores y las cualidades de la luz dónde está mi padre, no para resolver nada sino simplemente para volver a verlo por última vez, antes de lo que sea, antes de que termine, antes de que se detenga. Pero no se detiene; simplemente termina. Es un dibujo final esparcido sin ni siquiera una pausa al final, al final de lo que sea, al final de esto.

Howard estaba plantado en la entrada oscura, frío, empapado y cubierto de barro. Eran las nueve —cuatro horas después de la hora de cenar y una después de la hora de acostarse de sus hijas Darla y Marjorie y de su hijo pequeño Joe—. La hora de acostarse de su hijo mayor, George, era más o menos en ese momento, se retrasaba debido a su trabajo después de clase, a sus quehaceres nocturnos (que incluían preparar a su hermano para irse

a la cama porque este tenía diez años y el cerebro de un niño de tres) y los deberes de la escuela. La familia estaba sentada alrededor de la mesa del comedor, las dos niñas en un lado, los dos muchachos en el otro, su esposa Kathleen en un extremo y su propia silla vacía con un plato de comida fría delante. Había platos de comida fría delante de todos los niños y de su esposa. Confundido y exhausto, lo primero que pensó al verlos fue: Los niños deben de estar casi histéricos. No sabía qué hora era, solo que era tarde, y por segunda vez aquel día tuvo la sensación de encontrarse en medio de una especie de solapamiento, como si él, abatido y medio congelado y ensangrentado, hubiera dejado entrar la noche en el comedor para mezclar la cena de su familia a la hora acostumbrada con su propia angustia. No era capaz de discernir aquella visión, como si hubiera ido a parar a otro mundo en el que fuera absolutamente normal cenar a las nueve de la noche. Kathleen lo miró. No dijo nada. Howard no estaba seguro de si ella esperaba que entrara en la habitación, dejando un rastro de barro, y se sentara con ellos e inclinara la cabeza para bendecir la mesa como siempre hacía —Alegrémonos de que no haya nada mejor—, y a continuación cogiera el cuchillo y el tenedor y se pusiera a comer aquellas raciones frías y cuajadas de comida como si estuvieran aún calientes y él no estuviera sucio y herido y empapado y no fueran las nueve de la noche y el mundo fuera tal como debería ser en lugar de tal como era en ese momento.

Joe se sacó el pulgar de la boca y dijo: ¡Papá está manchado de barro!

Darla se quedó mirando a su padre y exclamó: ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

Marjorie respiró con dificultad y dijo: Papá. Estás. Hecho. ¡*Un asco!*

Y Joe exclamó: ¡Papá está manchado de barro! ¡Papá está manchado de barro!

Darla se quedó mirando la entrada oscura en la que estaba Howard, mientras decía: Mamá, mamá, mamá, cada vez un poco más alto, con una voz cada vez un poco más estridente, incluso después de que Kathleen mirara a sus hijos y, sin articular palabra, les ordenara que no se movieran de su sitio; y entonces se levantó y llevó a Howard al lavadero para darle ropa limpia y seca y quitarle el barro de la cara y de las manos con una manopla.

George se levantó, se acercó a Joe y dijo: Es verdad, Joe, papá está manchado de barro, pero mamá lo va a lavar y entonces podremos cenar por fin. George dio a Joe su manta, que el muchacho había dejado caer al suelo con la excitación.

Joe se introdujo una punta de la manta por un agujero de la nariz y volvió a meterse el dedo en la boca, pero siguió diciendo: Papá tamanchalo de balo, con el pulgar entre los dientes.

George se acercó a Darla, mojó su servilleta en su vaso de agua, le frotó la frente y dijo: No pasa nada, Darla, no pasa nada, hasta que la muchacha se hubo calmado un poco.

Mamá tiene que hacer algo, mamá tiene que hacer algo, susurró ella. El asma de Marjorie la hacía silbar cuando respiraba y tenía la voz de pito. Bueno, dijo jadeando, voy a —inspiró varias veces para tomar suficiente aire para decir la última palabra— *comer*. Y entonces alargó la mano para coger el puré de patata que llevaba frío un buen rato. Al ir a levantar el bol estaba demasiado

débil y lo dejó caer de nuevo y se desplomó hacia atrás en su silla. George apartó la silla de la mesa y la ayudó a ponerse en pie.

Y dijo: Necesitas acostarte. Te traeré un paño con vahos y tus polvos para el asma. No te preocupes por lo que diga mamá. Yo te subiré un poco de pollo con patatas.

Kathleen limpió a Howard en el lavadero. Howard permaneció sentado en silencio, frotándose las mordeduras de la lengua contra el paladar. Kathleen le restregó la cara hasta dejarle las mejillas en carne viva y casi tan rojas y brillantes como la sangre que acababa de lavar. Howard dijo: Recuerdo la primera vez que mi madre me hizo esto. Kathleen abrochó los botones de la camisa limpia que le había puesto y dijo: Ahora ya puedes ir a cenar con tu familia.

A las diez y cuarto habían cenado y quitado la mesa y se habían cambiado para acostarse. Kathleen no actuó en ningún momento como si hubiera algún problema. Pasó por alto el intervalo de cuatro horas durante el cual había obligado a su prole a sentarse a la mesa frente a sus platos y a esperar a Howard. Cuando este asomó por el camino de la casa, abatido en el carro tirado por Príncipe Eduardo, lento pero seguro, y luego atravesó la puerta tambaleándose, ella reanudó la actividad vespertina como si volvieran a ser las cinco de la tarde, como si hubiera corrido la aguja del reloj de las cinco a las nueve, o como si hubiera desterrado de su mente esas cuatro horas transcurridas o se hubiera impuesto a ella misma y a sus hijos una especie de reducción temporal que les cargaría a la espalda el peso de cuatro horas extras que cada cual debería llevar y encajar como pudiera, primero como un enigma aislado, extraño y difícil de digerir, y más adelante como

un preludio de aquella noche, casi un año después, en que ella y los niños volverían a sentarse delante de unos platos llenos de comida fría esperando a Howard, aguardando los sonidos del carro y del mulo y los arreos metálicos. Pero en esa ocasión él no regresó.

Cuando Joe y las muchachas se hubieron acostado y la cocina estaba limpia y Kathleen ya estaba en el dormitorio poniéndose el camisón, Howard, aún entumecido, aún azorado por el voltaje de su ataque, detuvo a George mientras el muchacho guardaba sus libros y los de sus hermanas y le dijo: George, yo... Y George dijo: No pasa nada, aunque sí pasaba, y al arreglárselas sus padres para esconder a los niños el espectáculo de un ataque y actuar como si la epilepsia ni siquiera existiera, los rumores de la enfermedad, los extraños eufemismos y los silencios elípticos resultaban aún más aterradores que la condición que pretendían ocultar. Y entonces George se fue a la cama. Howard arrastró los pies a través de la casa hasta la estufa de hierro del salón, que como aún tenía frío atiborró de leños de abedul antes de irse por fin a la cama.

Howard y Kathleen y los niños se despertaban a la misma hora, justo antes del amanecer, empapados en sudor. Todos entraban al salón al mismo tiempo, arrastrando los pies como sonámbulos, y encontraban la estufa de hierro candente y palpitante como un ascua de carbón.

